

5043

JOSE FOLA IGÚRBIDE


Giordano Bruno

DRAMA EN CINCO ACTOS Y QUINCE CUADROS



MADRID
Sociedad Autores Españoles
1912

12



Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

GIORDANO BRUNO

TOMAS CORUELA

Ciudad Real

Esta obra es propiedad y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se haya celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

OBRAS MODERNAS EDUCATIVAS

Giordano Bruno

DRAMA EN CINCO ACTOS DIVIDIDOS EN QUINCE CUADROS.
EVOCACIÓN HISTÓRICA DEL GRAN FILÓSOFO DEL
RENACIMIENTO EN DOCTRINA Y EN MARTIRIO

ORIGINAL DE

JOSÉ FOLA IGÚRBIDE



Estreno: TEATRO APOLO de Barcelona, la noche
del 19 de Octubre de 1912.



BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA

45 - Conde del Asalto - 45

1912

REPARTO

<u>PERSONAJES</u>	<u>ACTORES</u>
CONDESA FIORINA.	Sra. Pujol
ADRIANA	» Ferrer
DUQUESA DE PARMA	» Gassó
GIORDANO BRUNO.	Sr. Rojas
PADRE ROCA	» Perelló
PADRE PALERMO	» Carnicero
FERRARI	» Delor
PADRE BONIFACIO.	» Castells
PADRE DONISI	» Martí
PADRE ANSELMI	» Estrems
PADRE MONTAÑA	» Crespo
LUIGI	» Sierra
BANDIDO 1.º	» Casanova
BANDIDO 2.º	» Carrasco
HOMBRE DE ARMAS.	» Carrasco
UJIER	» Crespo
HERMANO	» Guilemany
FAMILIAR	» Casanova

Frailes, familiares del Santo Oficio, soldados, hombres de armas, esbirros y atormentadores

La acción en Roma

Epoca: año 1600



ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

La celda de Giordano Bruno. En un ángulo varios cuadros de imágenes de Santos, que se supone se han descolgado de las paredes y se han arrinconado. Salida por el foro.

ESCENA PRIMERA

Aparecen el padre PALERMO y, en pos, los padres BONIFACIO, MONTAÑA, ANSELMI y DONISI, por el foro.

- P. PAL. Vengan, vengan... y se convencerán del sacrilegio.
- P. MONT. Es verdad; que no están en las paredes las imágenes de los santos.
- P. ANS. Los ha descolgado.
- P. DONI. ¿Dónde están?
- P. PAL. En un rincón. Aquí los ha puesto.
- P. MONT. ¡Qué profanación!
- P. BONIF. El padre Giordano se halla ausente. No le ofendamos con malas suposiciones... Acaso...
- P. PAL. No, padre. No trate de justificar su conducta.
- P. BONIF. Pero...
- P. DONI. Es un acto indigno.
- P. ANS. Un acto que no puede ser más pecaminoso.

- P. PAL. ¡Descolgar los Santos!
- P. BONIF. Debemos suspender todo juicio hasta conocer las causas que...
- P. PAL. Vos pecáis de bueno y misericordioso, padre Bonifacio. No se trata de un caso aislado. Esta irreverencia ya tiene precedentes... El otro día ¡pásmense! sorprendí al padre Giordano leyendo un libro de Copérnico.
- P. DONI. ¡De Copérnico!
- P. ANS. ¡Dios mío!
- P. PAL. No es esto sólo.
- P. BONIF. Caridad, padre Palermo, caridad.
- P. PAL. Es preciso que se sepa todo. Discutiendo conmigo, me dió a entender que por su parte no tenía inconveniente en aceptar la existencia de los antípodas.
- P. ANS. ¡Qué horror!
- P. DONI. ¡Qué heregía!
- P. BONIF. Esto lo diría en sentido figurado. No hay que darle a las palabras el sentido escueto de que se revisten muchas veces. Hay que conocer el fondo... el fondo.
- P. PAL. El fondo, padre Bonifacio, está bien claro. El padre Giordano admite la posibilidad de que la Tierra sea esférica o redonda, y esta doctrina es herética.
- P. ANS. Y tan herética. Hablad, padre Donisi.
- P. DONI. La Tierra es plana. Así se desprende de las Sagradas Escrituras. Dios no tiene más que una revelación. Esto es indudable. Los que creen en la redondez de la Tierra caen en pecado.
- P. ANS. ¿Lo oye el padre Bonifacio?
- P. BONIF. Y tanto como lo oigo, padre Anselmi. No dudo que el padre Donisi es un sabio, pero hay que oír también al padre Giordano para juzgar con el mejor acierto.
- P. DONI. Por lo pronto, coloquemos las imágenes en su sitio. Debemos enmendar el yerro cometido.
- P. BONIF. Esto me parece muy acertado.

- P. PAL. ¿No sería mejor que no tocásemos el cuerpo del delito y diésemos conocimiento de la irreverencia al Santo Oficio?
- P. BONIF. No. No, padre Palermo.
- P. ANS. Tiempo quedará para eso.
- P. DONI. Pongamos los Santos donde deben hallarse y veremos si el pecador repite el pecado.
- P. ANS. Eso es. La prueba entonces será plena.
- P. PAL. Transijo porque no crean que soy intolerante y porque abrigo la seguridad de que el padre Giordano reincidirá en su gravísima falta. (Cuelgan los Santos sobre el muro en diferentes lugares.)
- P. ANS. ¡Qué diferencia!
- P. DONI. Ya vuelve a respirarse en esta celda olor de santidad.
- P. PAL. Deben de hacerle mucho daño estas imágenes cuando procura evitar su presencia.
- P. BONIF. ¡Quién sabe! ¡Quién sabe!
- P. DONI. A mí siempre me ha parecido sospechoso el padre Giordano.
- P. PAL. Y tan sospechoso.
- P. ANS. Según parece, viene de familia noble.
- P. DONI. Debíó de venir al convento en un momento de exaltación, y ahora, arrepentido...
- P. BONIF. No forme juicios temerarios, padre Donisi.
- P. ANS. No son temerarios, porque a mí me dijo el otro día que el que abrocha el primer botón al revés ya no puede poner ninguno de los otros al derecho.
- P. PAL. ¿Qué le parece, padre Bonifacio?
- P. BONIF. Palabras. Palabras.
- P. PAL. Vamos a nuestras celdas. Dejemos al padre Bonifacio encastillado en sus ideas de piedad y misericordia.
- P. BONIF. De las que nunca quiero separarme.
- P. PAL. Esto es intolerable. Vamos. (Vanse todos por el Toró, menos el padre Bonifacio.)

ESCENA II

Padre BONIFACIO

P. BONIF. El acto de irreverencia no puede ser más manifiesto. Veo al padre Giordano resbalar por una pendiente muy peligrosa. Y en qué ocasión. ¡Cuando las doctrinas de Lutero están escandalizando al mundo católico! Lo malo es que no hace caso de mis advertencias y amonestaciones. Siempre acaba por convencerme, porque sabe mucho... eso sí; sabe mucho... Mi corazón está movido a piedad por su suerte, que puede ser muy cruel y desgraciada. Ahora le veo muy preocupado. Luego se sale del convento de un modo clandestino. Esto no lo saben los padres. ¡Válgame Dios si llegaran a saberlo! ¿Qué hacer? ¿Convencerle de sus errores? ¿Y cómo? Carezco de dotes para conseguirlo. ¿Apelando a la Divina Gracia? Ya está aquí.

ESCENA III

Dicho y GIORDANO, por el foro.

GIOR. ¿Tanto bueno en mi celda, padre Bonifacio?

P. BONIF. Venga acá el pecador... Mirad en torno.

GIOR. ¿Otra vez los Santos?

P. BONIF. Corréis un peligro muy grande. Los padres han advertido la irreverencia.

GIOR. ¿Y son ellos los que?...

P. BONIF. Con gran caridad, para que no trascienda a más altas esferas el pecado.

GIOR. Fuera mejor que arreglaran su celda. ¿Qué tienen que hacer en la mía?

- P. BONIF. ¡Por Dios, padre Giordano! Hacedlo por mí, siquiera para mitigar estas zozobras que siente mi espíritu.
- GIOR. Vos sois bueno. Ya lo sé. No en vano os habéis captado mi afecto más profundo. Pero ellos... ellos.
- P. BONIF. También lo son...
- GIOR. Tanto, que acabarán por entregarme al Santo Oficio.
- P. BONIF. ¿Y no es hora de que penséis en corregiros? ¿Qué libro es ese?
- GIOR. Un libro de Telesio.
- P. BONIF. ¡Un libro de Filosofía! ¡Siempre la Filosofía!
- FIGR. ¡La Filosofía! Lo decís como si se tratara del abismo de las almas. No, padre Bonifacio. La Filosofía es la ciencia que más nos aproxima a Dios.
- P. BONIF. Calle el desventurado. ¡Qué no le oigan!...
- GIOR. La Filosofía es la que pone luz en el espíritu de los hombres. Con ella me siento capaz de domar a la ignorancia. ¡Domador de la ignorancia! Ese quiero ser yo.
- P. BONIF. ¿Pretendéis separar vuestros juicios de la Fe? ¿Queréis consagraros a la Razón?
- GIOR. A decir verdad, todavía no sé definir bien lo que quiero. A vos puedo decíroslo. Ni a mi padre le abriría de este modo el arca cerrada de mi pecho. Mi alma ha roto los vínculos que la unían al pasado. Vine al convento irreflexivamente. Fué una locura insigne. Por eso digo que, cuando se abrocha al revés el botón de un traje, los demás ya no pueden abrocharse al derecho. Ahora sufro las consecuencias. Los vuelos del espíritu no pueden detenerse. Tengo un alma inquieta y apasionada. He luchado con mil conflictos interiores, sin poder nunca determinar con toda exactitud mi fisonomía moral... Estoy lleno de dudas y contradicciones... Del sueño místico he pasado al examen crítico. No puedo suje-

tarme al yugo de la disciplina... Además, padre Bonifacio, voy a decírselo en el secreto de la confianza: el amor me subyuga. No puedo dominar el fuego de mi corazón. Quiero hacer de este impulso pasional un impulso heroico, y así estoy en espantosa lucha conmigo mismo. Por un lado, mi espíritu que se va con Nicolás de Cusa y Telesio... Por otro, mi corazón que arde apasionado por una mujer... La celda donde vivo, me oprime como si fuera el recinto de una cárcel... No creo en la santidad de las imágenes. Y todo esto, revuelto, amarga mis días y agita mis noches. Y este sayal que cubre mi cuerpo... me parece un cilicio. . Y estos hábitos que llevo son grilletes que me encadenan a una profesión que ya no siento... Quiero ser arrastrado por el torbellino de la vida. Errar como un vagabundo... Pasar dolores y miserias... pero que me dejen libre para que el corazón ardiente pueda satisfacer sus anhelos... libre para que mi espíritu pueda volar por esferas llenas de luz, huyendo de estas sombras y misterios. ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!

P. BONIF. ¡Jesús! ¡Jesús!

GICR. ¡Os espanta mi confesión!...

P. BONIF. ¡Desdichado! ¿No teméis los suplicios que os aguardan?

GICR. No temo a nada. Todo se sumerge en esta ola de pasión y en estos relámpagos de fuego.

P. BONIF. Vos no podéis amar. La mujer ya no existe para nosotros.

GICR. Este es el error. No se puede legislar contra naturaleza. Ella es la que manda. No se pueden dictar reglas contra la Razón. Ella es la que impera.

P. BONIF. ¿Pero ese amor cómo ha fermentado? ¿Por qué no lo habéis arrancado del pecho al nacer?

- GIOR. Ya lo domino. Ya lo domino.
- P. BONIF. ¿Y ella?
- GIOR. Mi afán es secreto .. Es tentación. Es locura; pero no ha llegado aun a la carne. Ella no sabe nada. Es decir, mis ojos se lo han dicho todo... ¿Me ama? No lo sé. Debe amarme si no es de mármol... ¿Acaso se ha entablado una lucha en su alma, sorda, como en la mía... Me oye con agrado... me distingue... Algunas veces brillan sus ojos... La llamarada penetra en los míos... La hoguera crece... Me acozete el impulso pasional... y tengo que contenerme por el impulso heroico... Hago un titánico esfuerzo para no estrechar entre mis brazos a la imagen, tersa y pura...
- P. BONIF. Pero conseguís dominaros. Aun podéis hallar solución...
- GIOR. Salgo victorioso, mas luego la lucha se reanuda en la soledad de mi celda.
- P. BONIF. Tomad asidero en la Fe...
- GIOR. No es en la Fe donde me apoyo. Pienso en el Dios que todo lo anima y vivifica con su poder oculto... Pongo las miradas en el Universo. En los grandes enigmas de la creación, y así es como mitigo el fuego de mis pasiones... Así es como palidecen los vivos colores de la imagen. No es la Fe, es la Filosofía la que me salva.
- P. BONIF. No sé qué deciros, me siento atribulado.
- GIOR. ¿Qué debo hacer?... Aconsejadme .. (Dice esto acercándose mucho al padre Bonifacio y cogiendo una de sus manos.)
- P. BONIF. ¿Os consideráis con fuerzas para seguir mis consejos?
- GIOR. No. No quiero engañaros. (Desalentado.)
- P. BONIF. Poco coraje tenéis para las grandes resoluciones.
- GIOR. ¿Qué debo hacer?
- P. BONIF. No ver más a la mujer que os ha seducido.
- GIOR. ¿No verla más?...
- P. BONIF. Así evitáis la tentación, huyendo del peli-

- gro de que arda en ella el mismo fuego y...
- GIOR. ¡Poder de Dios! ¿Amarme Fiorina como yo la amo?
- P. BONIF. ¡Fiorina!... ¿Es la condesa Fiorina?...
- GIOR. Sí. Ella es. Ya conocéis todo el secreto.
- P. BONIF. ¡Ella! ¿La mujer de puros sentimientos religiosos? ¿La hija predilecta de la Iglesia?
- GIOR. La misma. La misma.
- P. BONIF. Os habéis salvado. Fiorina no es como los ángeles que caen para manchar sus alas en el lodo impuro de las pasiones... En aquel diamante se estrellará la ola de fuego de vuestro corazón.
- GIOR. ¿Y por qué? ¿Por qué no ha de sentir Fiorina una pasión humana? ¿Y por qué no he de ser yo quién se la inspire? ¿Quién lo impide? Venceré cuantos obstáculos se opongan. Lucharé contra todos.
- P. BONIF. Os estáis contradiciendo.
- GIOR. Es verdad. Ya me olvidaba de mi impulso heroico. Hay que triturar el corazón debajo de estos hábitos... ¡Qué dicha si pudiera hacerlos girones!... El corazón tiene que sentir. La Razón se ha organizado para pensar, pero hay que acallar el sentimiento y hay que ahogar la idea. Esta es mi sepultura. Aquí yace Giordano Bruno. (Se deja caer en el sillón.)
- P. BONIF. (Después de mirarle atentamente un breve espacio.) No sé si compadecerle o admirarle... Para estos casos la mejor compañera es la soledad. ¡Que Dios ilumine su espíritu! (Vase el padre Bonifacio, por el foro.)

ESCENA IV

GIORDANO

- GIOR. Se fué espantado... Asomó a mi cara el fuego que bulle por dentro y no pudo resistir sus llamaradas. Dice que haga de la

Fe un asidero... ¿Y cómo? ¿Dónde está la Fe? La he perdido... (Pausa.) ¿Y estos Santos qué hacen aquí? No es esta mi corte celestial. Fuera... Fuera los Santos... (Deseuclga los cuadros y los pone de nuevo en el rincón que antes ocuparan.) A mí me basta con la imagen de Jesús... Humano o divino, sea como fuere, se sacrificó por los hombres. Fué amoroso, humilde, lleno de dulzura y caridad. (Acercándose a una mesa sobre la cual hay un crucifijo.) ¡Aquí aparece crucificado! ¡Aquí está el mártir de un pensamiento sublime!... ¿Por qué le consagran su fe los hombres que son esclavos? Jesús es nuestro. Jesús pertenece a los hombres libres.

ESCENA V

Dicho y HERMANO, por el foro

- HERM. ¡Padre!
GIOR. ¿Qué quiere el hermano? (Levantándose.)
HERM. Dispensad si vengo a interrumpiros en vuestras meditaciones.
GIOR. Hablad.
HERM. El padre Jacobo se ha sentido enfermo, viéndose obligado a meterse en cama repentinamente.
GIOR. ¿Qué le ha ocurrido al buen padre Jacobo?
HERM. Una súbita desazón.
GIOR. ¿Y quiere que le asista? Vamos allá.
HERM. No. No se trata de eso. Da la circunstancia de que a esta hora tenía que officiar en el confesionario.
GIOR. Ya comprendo. Desea que le substituya.
HERM. Sí, señor. Recibió aviso de la señora condesa Fiorina pidiéndole confesión.
GIOR. ¡Fiorina!
HERM. Sí, padre Giordano. Y por tratarse de la señora Condesa...

- GIOR. ¿Desea que yo la confiese?...
- HERM. Eso me ha encargado.
- GIOR. ¿Y ha de ser ahora?
- HERM. El padre Jacobo se preparaba para cumplir con esa obligación cuando se sintió indispuesto y, como sabe que vos sois de los íntimos de la señora Condesa...
- GIOR. Bien... Bien... Iré en breve al confesionario.
- HERM. Quedad con Dios, padre Giordano.
- GIOR. Que él os acompañe. (Vase el Hermano, por el foro.)

ESCENA VI

GIORDANO

- GIOR. ¿Por qué me agito de este modo? ¿No es lo mismo una penitente que otra? ¿Una mujer me subyuga? Luego no soy libre... ¿Para qué quiero dar libertad al pensamiento? ¿Para hacerlo esclavo de una pasión? ¡Ah! No. No. Ya es hora de que acabe toda esclavitud. Ha de venir Fiorina a mis plantas, no a mis brazos. Aun no están rotos los vínculos que me unen a la Iglesia que me ha consagrado sacerdote. No quiero manchar estos hábitos. Quiero devolverse los intactos a la Iglesia cuando me separe de su seno, quizás para subir a mi Calvario.

ESCENA VII

Dicho y el padre PALERMO, seguido del padre DONISI, por el foro

- P. PAL. ¡Padre Giordano!
- GIOR. Pasen. ¿Qué objeto les trae?

- P. PAL. El padre Donisi ha consultado a fondo las Sagradas Escrituras y desea reanudar con vos la discusión habida sobre la redondez de la Tierra, para convencerle.
- GIOR. ¿De qué trata de convencerme el padre Donisi?
- P. DONI. De la herejía que envuelve semejante suposición.
- GIOR. ¡Ah! ¿De la herejía?...
- P. DONI. Sí, padre Giordano; de la herejía.
- GIOR. Yo creí que veníais por haber hallado alguna demostración científica.
- P. DONI. La Biblia es la fuente del saber humano.
- GIOR. Está bien. ¿Quiere el padre Donisi que la Tierra sea plana? Pues que sea plana. ¿Desea que no tengamos antipodas? Cúmplase su deseo.
- P. PAL. ¿No queréis discutirlo?
- GIOR. No. No quiero discutirlo. Sinceridad, padres, sinceridad. Y sobre todo más caridad.
- P. DONI. ¿Nos recrimináis?
- GIOR. Sí, porque no venís a discutir de buena fe con el padre Giordano. Venís para cogerle en pecado de herejía. Intención buena revela las exageraciones de la fe religiosa, pero que pone al descubierto la falta de piedad de vuestros corazones... El caso es demostrar que dentro del convento hay un filósofo... un gran hereje que comulga con las doctrinas de Copérnico y Telesio.
- P. DONI. Nosotros no...
- P. PAL. Se equivoca... no...
- GIOR. Balbucean y palidecen porque no esperaban esta acometida. Reconoced vuestra falta. Yo también reconozco las mías, porque todos somos pecadores. Allí está Jesús crucificado. Caed de rodillas ante su imagen y pedidle clemencia por la mala intención que os ha traído a mi celda.
- P. DONI. Pero...
- GIOR. ¡De rodillas! ¡De rodillas! (Vase Giordano, por el foro.)

ESCENA VIII

Padres PALERMO y DONISI

- P. PAL. No le suelta el Demonio.
- P. DONI. Le ha echado sus garras y es inútil cuantos esfuerzos hagamos para librarle de su maléfica influencia.
- P. PAL. ¡Atreverse a decir que hemos venido a su celda con malos propósitos!
- P. DONI. Sospecho que el padre Giordano ya no se atreve a sostener su tesis. ¡Oh! Venía bien preparado para demostrarle que sólo hay una verdad y que ésta es la que se encuentra en las Sagradas Escrituras.
- P. PAL. (Fijándose en que ya no están colgados los Santos en las paredes.) ¡Santísimo Dios! ¡Santísima Virgen! ¡
- P. DONI. ¿Qué ocurre?
- P. PAL. Fijaos... Mirad.
- P. DONI. ¿Ha descolgado otra vez las imágenes? ¡Qué horrible profanación!
- P. PAL. Allí están los Santos, arrinconados. ¡Sacrilego! ¡Sacrilego!
- P. DONI. ¿Se quiere más prueba de su irreligiosidad?
- P. PAL. Lo que yo decía. Se trata de un pecador empedernido... Reincidirá en su pecado... Id al punto: dad aviso a los padres que vengan con los cirios y el hisopo en agua bendita. Esta celda debe ser purificada. Hay que desagraviar a Dios y a esas venerandas imágenes de los ultrajes que han recibido. Nada digáis al padre Bonifacio.
- P. DONI. Buen acuerdo. Hágase pública esta profanación. (Vase el Padre Donisi, por el foro.)

ESCENA IX

Padre PALERMO

P. PAL. Basta ya de contemplaciones. No quiero cargar mi conciencia con un criminal silencio. Demasiada bondad he tenido callando otros muchos errores y pecados. Que llegue a conocimiento de toda la comunidad el acto llevado a cabo, con la agravante de reincidencia, por el padre Giordano. Hay que exterminar la mala semilla que ha brotado en este campo de bendición. Hoy mismo daré conocimiento al padre Roca, inquisidor general, de este hecho abominable. ¡Oh! Sí. El fuego del Santo Oficio es el gran regenerador del pecado. Que se abrasen los cuerpos. No importa. El caso es que se purifiquen las almas. Esa es la doctrina que profesa el padre Roca, y el padre Roca es un santo. Hay que seguir sus admirables consejos inspirados por la fe de que se halla poseído... ¡Decir que la Tierra es esférica!... ¡Decir que hay antípodas! ¿Cabe nada más disparatado ni monstruoso? Esas doctrinas heréticas tienen que ahogarse... Para eso están los tormentos, para hacer que abjueren los perversos. ¡Y para eso están las hogueras, para que se abrasen en ellas los herejes!

ESCENA IX

Dicho y los padres DONISI, ANSELMI y otros muchos con cirios encendidos. El padre DONISI le entrega al padre PALERMO el hisopo que se supone viene empapado en agua bendita. (Dentro suena el órgano.)

P. PAL. Venga el hisopo.

P. DONI. Empapado en agua bendita.

P. PAL. Padres; hay que llevar a cabo el acto solemne de la purificación. Esta celda se ha profanado. Las venerandas imágenes que eran el santo adorno de estas paredes, han sido ultrajadas.

TODOS ¡Qué horror!

P. PAL. Empiece la sagrada ceremonia. Elevad vuestras p'ces al Altísimo para que se digne recibir este desagravio. (Todos se arro-
dillan. El padre Palermo echa agua bendita sobre las paredes. Dentro sigue sonando el órgano.)

(MUTACIÓN)

CUADRO II

Corredor de arcadas, con mucho sabor religioso, en primer término

ESCENA PRIMERA

Aparece GIORDANO, por la derecha

GIOR. No hay que vacilar ni un punto. Mientras lleve estos hábitos debo ser una máquina de la Fe.

ESCENA II

Dicho y el padre BONIFACIO por la izquierda

P. BONIF. Padre Giordano. Ya os hallé.

GIOR. Tan agitado... ¡Qué ocurre!

P. BONIF. Los padres están en vuestra celda con cirios y agua bendita llevando a cabo la ceremonia de la purificación. ¿Qué habéis hecho?

GIOR. Nada.

P. BONIF. ¿No habéis retirado las imágenes?

GIOR. ¡Ah! Sí.

P. BONIF. Os habéis perdido.

GIOR. Será el padre Palermo quien trata de perderme; no los Santos.

P. BONIF. ¿Lo decís con esa sangre fría?

GIOR. No quiero imágenes en mi celda que son objeto de idolatría. Que la purifiquen cuanto quieran pero que dejen en paz a los Santos dormir en un rincón el sueño de la materia.

P. BONIF. ¡Jesús! ¡Dios mío!... ¿Qué daño os hacen?

GIOR. Fuera de mi vista; ninguno.

P. BONIF. Los Santos constituyen la Corte Celestial.

GIOR. Mi Corte Celestial es otra... Ponga las miradas arriba en el firmamento, no en las paredes de ninguna celda. Fijese en aquellos puntitos luminosos. Son esferas brillantes... Son Astros... Son Mundos... Allí reverbera el Espíritu de Dios. Aquella es mi Corte Celestial.

P. BONIF. Rendid culto a esa idea, pero que no tome expresión en vuestros labios. Hacedos cuenta de que en cada Santo contempláis un astro, aunque así no sea.

GIOR. La Verdad debe adorarse en su forma propia, que ha de ser también verdadera. Si ellos, los padres, no están conformes con mi Corte Celestial que imiten mi conducta; que descuelguen las estrellas y que las retiren del firmamento. Y basta, padre Bonifacio. Aquí solo hay un hecho meritorio y es el cariño que me profesáis, nacido de un corazón sinceramente piadoso. Adiós. Voy al confesionario. (Vase por la izquierda.)

ESCENA III

Padre BONIFACIO

P. BONIF. No hay forma alguna de convencerle... Parece que su voluntad gira sobre un eje de

diamante... ¿Quién le da esa convicción tan profunda? Si son errores los que alimenta, ¿cómo no se estrellan ante la Verdad que nosotros sustentamos? Dice bien que los Astros que brillan en el Cielo no pueden descolgarse... Basta... Basta... Noto que la heregía es muy peligrosa. El padre Giordano acabaría por convertirme a sus ideas... ¿Quién viene hacia aquí? La condesa Fiorina.

ESCENA IV

Dicho y CONDESA FIORINA, por la derecha

- CON. ¡Ah! El padre Bonifacio.
P. BONIF. Dios guarde a la excelsa hija de Jesús.
CON. Aquí soy su humildísima sierva... Mis pompas y vanidades... hasta mi altivez de dama noble romana, cuanto valgo, todo lo declino a la puerta del templo. Vengo como humilde pecadora.
P. BONIF. Bien, señora, bien. No es pertinente interrumpiros en vuestras devotas costumbres. El examen de conciencia requiere soledad.
CON. Vaya con Dios, padre Bonifacio. (Besando la mano que le ofrece el padre.)

ESCENA V

CONDESA

- CON. ¿Examen de conciencia?... Ya lo hice... Pero al llegar el momento de hacer la confesión siento que desmaya otra vez mi espíritu. ¿Vacilo todavía? ¿No he vacilado bastante? Necesito descargarme de este peso que me oprime. Ya estoy decidida. (Vase por la izquierda.)

(MUTACIÓN)

CUADRO III

El interior de una capilla. Al foro el altar alumbrado con dos cirios. A la izquierda casi al primer término un confesionario. La escena iluminada débilmente. Toda la decoración impregnada de misterio y mística poesía.

ESCENA PRIMERA

Aparece por la derecha la CONDESA FIORINA

COD. ¿Estará ya el padre confesor? ¡Ah! Sí, ya oigo que me avisa. (Se arrodilla unos instantes al pie del altar que aparece en el foro. Luego se levanta y se postra al pie del confesionario.) ¡Padre! Hoy vengo con el alma muy atribulada. Me considero doblemente pecadora, primero por haber dado abrigo en mi pecho a un amor que ofende a Dios por muchos conceptos y segundo por haberlo ocultado creyendo que me sería posible triunfar de mis propios yerros. (Pausa. Luego dice como contestando a las preguntas que le hace el confesor.) —Sí, padre. He luchado con todas mis fuerzas.—¿Qué decís? Un poco más alto que no le oigo. ¡Ah! Sí. El me ama. Lo revela en sus ojos. (Pausa.) ¿Yo? (Pausa.) Por mi parte he procurado contenerme. He disimulado mi falta sacando fuerzas de flaqueza, mas comprendo que ya no me sería posible dominar este afán que siente el pecho y vengo en demanda de auxilio. Sólo la Religión puede fortalecer mi voluntad. (Pausa.)—Me avergüenza tener que confesarlo.—Ya sé que nada debe ocultarse en estos actos de contricción. (Pausa.) Estoy tan turbada que apenas os oigo, padre. (Pausa.) No. No es que

sea un hombre indigno. Es que no se pertenece.—Creo que ya os tengo dicho que desde que quedé huérfana, poseedora de una inmensa fortuna, mi corazón permanece insensible a los halagos del amor. He rechazado las más honrosas proposiciones. Ningún joven de la alta nobleza romana consiguió captarse mis simpatías. No he podido evitar la preocupación de que era mi cuantiosa fortuna la que solicitaban y no mi cariño. Pero el corazón de la mujer debe ocultar muy profundos arcanos. El caso es que el mío se interesó de un modo apasionado y ardiente, por el único hombre que en Ley de Jesús no puede ser mío. (Pausa.) Siento que el rubor me quema las mejillas. (Pausa.)—No. No puede amarme. (Pausa.) Porque es Sacerdote... Mirad si es grande mi pecado. (Pausa.) ¿Que arranque su amor de mi alma? (Pausa.) Ya lo procuro padre, ya lo procuro... pero auxiliadme con vuestros consejos. (Pausa.) Más alto, padre, más alto... ¡Dios mío! Esa voz... Esa voz... (Levantándose.) ¡Desventurada de mí! Vos no sois el padre Jacobo. Vois sois... ¡Qué angustia me acomete! (Se deja caer en un pequeño banco o sillón de iglesia que habrá a la derecha. Giordano sale del confesionario por el otro lado que no hace cara al público y se presenta ante la Condesa. Esta al verle subyugada por su amor se acerca a él olvidándose de todo.) ¡Giordano! ¡Mi Giordano!...

GIOR. (Gravemente con mucha majestad.) El padre Giordano. Señora Condesa, el padre Giordano!

CON. (Reaccionando.) ¡Ah! Sí. Sí. Perdón, padre. Perdón. (Se arrodilla a los pies de Giordano.)

GIOR. ¡El amor a mis pies y no en mis brazos! ¡He vencido... ¡Ya soy libre! ¡Ya soy libre!

FIN DEL PRIMER ACTO



ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Sala opulenta en el palacio de la Condesa Fiorina. Salidas al foro y laterales. La Condesa en traje de recepción.

ESCENA PRIMERA

CONDESA FIORINA y su doncella ADRIANA

- CON. No lo extrañes, Adriana: Hoy es un día de recuerdos amargos para mí.
- ADRI. Según me dijo la señora, hoy hace años que...
- CON. Sí.
- ADRI. A mí no se me olvida tampoco.
- CON. Llegué a casa con una angustia que me partía el corazón.
- ADRI. Yo me llevé un susto mortal. Creí que la señora se moría.
- CON. Y me hubiera muerto sino hubiese sido por la entereza de mi carácter.
- ADRI. Ya borrará el tiempo esa memoria.
- CON. No. No la borra. La imagen de Giordano no se separa de mi mente...
- ADRI. ¿Le ama todavía?
- CON. ¿No lo sabes? Tú eres la confidente de mis penas. Cierto es que callo. Pero, ¿no es mi semblante para tí una confidencia?

ADRI. Sí, señora, sí... Demasiado comprendo las inquietudes que os halláis padeciendo.

CON. Le amo sin deber amárle... Y al mismo tiempo le aborrezco. A veces le admiro. Aquel día hubiera caído en sus brazos... Esto es lo que me avergüenza. El cumplió con su deber. Supo dominarse. Yo fui la débil... Su pecho fué más fuerte que el amor... Luego, cuando llegó a mi conocimiento que era un filósofo, un hereje... enemigo de nuestra santa religión; me sentí humillada en mis sentimientos de sierva de Jesús... Y, sin embargo, Adriana, a ti puedo decírtelo; me alegré, sobremanera, cuando supe que había huido del convento logrando burlar a los familiares del Santo Oficio que fueron a prenderle. Y aun ahora, después de transcurrido tanto tiempo, me asalta su recuerdo y se reverdece mi pecado... Asoman sobre cenizas los rescoldos vivos y ardientes de este amor insensato, mezcla de despecho y vergüenza que no puedo dominar por completo... pero ¡ay de ti, Adriana, ay de ti, si llegarías a revelar a nadie mi secreto!

ADRI. ¡Libreme Dios! ¡Ave María Purísima!

CON. Yo he de ser para todos la mujer austera. La que no claudica... La hija predilecta de la Iglesia. La honrada con la amistad del Santo Padre. La condesa Fiorina.

ADRI. Descanse la señora. Antes me harán pedazos.

CON. Así lo espero. Esta seguridad te ofrece las llaves de mi corazón y me proporciona un gran consuelo.

ADRI. Desahóguese con toda libertad la señora.

CON. Mi amor es como las penas del infierno, que no tienen esperanza.

ADRI. ¿Y por dónde anda? ¿No se sabe?

CON. Errante, vagabundo... Predicando por el extranjero sus doctrinas heréticas. Esas son las últimas noticias que he tenido.

ADRI. ¿No se hallaba bien en el convento?... Allí en su celda, disfrutando de santa paz...

CON. No, porque es un espíritu tocado de la malignidad de Luzbel... Yo no creía que Luzbel podía ser hermoso. Ahora ya creo en la hermosura de Luzbel.

ADRI. ¿Y si volviera?

CON. No lo quiera Dios. Roma sería su Calvario. El Santo Oficio le haría perecer en una hoguera... ¡Qué horror! Saber que él, mi amor, mi Giordano... ¡Ah! Me pondría de rodillas a los pies del padre Roca... Besaría las sandalias del Padre Santo... todo para libertarle de tan horrible suplicio... ¡Ah! Mi alma se aturde... La pena me estremece... ¿Qué has dicho, Adriana? ¿Qué has dicho?

ADRI. Perdón, señora, perdón.

CON. ¡Que no venga!... ¡Que no venga!

ADRI. Alguien se aproxima.

CON. Silencio. Ya soy otra mujer...

ESCENA II

Dichos y UJIER de gran librea por el foro

UJIER La señora Duquesa de Parma.

CON. Que pase. (A Adriana.) Retírate. (Vase el Ujier por el foro y Adriana por la derecha.)

ESCENA III

CONDESA FIORINA

CON. Temprano comienzan hoy las visitas. ¿Qué interés urgente traerá a la Duquesa?

ESCENA IV

Dicha y la DUQUESA por el foro

- DUQ. Felices y alabado sea Dios, Condesa.
CON. Alabado sea.
DUQ. Hoy me anticipo para darte dos noticias sensacionales.
CON. ¡Hola, hola! Toma asiento.
DUQ. Ante todo: ¿Pasó ya la racha?
CON. ¿Qué racha?
DUQ. La del mal humor. Ayer estabas insufrible.
CON. ¡Ah! Sí. Ya pasó. Dime... dime.
DUQ. ¿Se ha picado tu curiosidad?
CON. Con tales augurios...
DUQ. El Marqués de Pisa...
CON. ¿Pareció por fin?
DUQ. Le había secuestrado...
CON. ¿Luigi, el bandido famoso?
DUQ. No me dejas hablar.
CON. Habla... Dominaré mi impaciencia.
DUQ. Cayó en la emboscada que le preparó el bandido... pero dice el Marqués que ha sido tratado con gran amabilidad.
CON. ¿Y el rescate?
DUQ. Dos mil escudos le cuesta la libertad.
CON. El opulento Marqués estará inconsolable, porque es muy tacaño.
DUQ. No le trates así, siquiera porque te ha pretendido.
CON. Ese capitán de bandoleros se hará pronto millonario si la suerte le favorece como hasta aquí. En menos de tres meses ha realizado tres secuestros.
DUQ. Yo no salgo de mi casa en cuanto oscurece.
CON. Yo sí. Me hago acompañar por mis hombres de armas.
DUQ. El caso es que Luigi se burla de la tenaz

persecución de que es objeto. Nadie le saca de los alrededores de Roma.

CON. ¿Y la segunda noticia?

DUQ. Esta es la verdaderamente sensacional... Tendremos auto de fe muy pronto.

CON. ¿Otro auto de fe?

DUQ. Lo dices con tono desmayado.

CON. No soy aficionada a esa clase de espectáculos.

DUQ. A mí me encantan.

CON. ¿Esa es toda la noticia?

DUQ. No, Condesa. Habrás oído hablar al padre Roca, de Giordano Bruno.

CON. ¿De Giordano Bruno?

DUQ. Del ex fraile.

CON. Sí, sí. ¿Qué ocurre? Habla.

DUQ. ¡Jesús! ¡Qué impaciencia!

CON. ¿Dónde está Giordano?

DUQ. Aquí, en Roma.

CON. ¿Y le han detenido? ¡Oh!

DUQ. No, por desgracia; pero el Santo Oficio le persigue y...

CON. Estoy en brasas. Cuenta.

DUQ. Un aristócrata veneciano, Giovanni Mocenigo, le tenía oculto en su casa. Según parece, supo por un librero, que Giordano se hallaba en Francfort y le llamó para que le enseñara la Astronomía y las ciencias ocultas; más, luego, se arrepintió de tener en su casa al hereje...

CON. ¿Y le denunció? ¡Qué infamia!

DUQ. ¡Qué infamia! ¿Has dicho qué infamia?

CON. Quise decir ¡Qué hazaña! Adelante.

DUQ. Le denunció al Santo Oficio. Fué arrestado en Venecia y conducido a Roma.

CON. ¿Pero no dijiste que?...

DUQ. Déjame acabar. Giordano logró evadirse al llegar a esta ciudad.

CON. ¡Ah!

DUQ. Supongo, Condesa, que ese suspiro no será de satisfacción.

CON. ¿De satisfacción? De ira mal contenida.

- DUQ. ¡Habérsele escapado un hombre tan peligroso para la salud de las almas! Eso es imperdonable, Duquesa, es imperdonable. Caerá en poder del Santo Oficio y tendremos auto de fe.
- CON. Y el caballero Giovanni estará muy satisfecho.
- DUQ. También se halla en Roma para responder de su denuncia ante el Tribunal de la Inquisición.
- CON. ¿Dónde se hospeda?
- DUQ. En casa de nuestro amigo, el Conde de Sarto.
- CON. ¡Qué me place!
- DUQ. ¿Por qué razón te alegras de ese modo?
- CON. Porque así tendremos noticias exactas del hereje. ¿Supongo que Giovanni no tendrá reservas para el Conde?
- DUQ. No debe tenerlas. ¿Piensas visitarle?
- CON. Sí.

ESCENA V

Dichos y UJIER anunciando desde el foro

- UJIER El eminentísimo padre Roca, Inquisidor general.
- CON. Que pase... Que no se detenga. (Vase el Ujier.)

ESCENA VI

Aparece el padre ROCA por el foro

- P. Roc. En el nombre de Dios: salud a todos.
- CON. Adelante, padre.
- P. Roc. ¡La honorable duquesa de Parma!
- DUQ. Su sierva humildísima.

- CON. Tomad asiento aquí, junto al tablero, porque supongo que repetiremos la partida.
- P. Roc. Sí, sí. Es muy particular que yo no pueda ganaros ni una sola.
- DUQ. ¿Tanto juega la Condesa?
- P. Roc. ¡Es un prodigio!
- CON. Una casualidad.
- P. Roc. ¿Supongo, Condesa, que ya tendréis noticia del hecho que constituye la actualidad del día?
- CON. Acaba de ponerme en autos la Duquesa.
- DUQ. Pero el padre Roca podrá darnos nuevas noticias.
- P. Roc. Algo más puedo decir, de lo que vulgarmente se sabe, de ese renegado de la Iglesia. ¿Hay interés?
- CON. Muchísimo.
- DUQ. Os oímos con profunda atención.
- P. Roc. Ya es sabido que pudo escapar del convento donde fué a prenderle el Santo Oficio, merced al acto de piedad herética que cometió el padre Bonifacio, favoreciendo la evasión. ¡Caro le costó aquel pecado! ¡Sucumbió en el tormento!... ¡Que Dios le haya acogido en su Santa Gloria!
- TODOS ¡Amén!
- P. Roc. Libre Giordano, huyó de Roma, peregrinando como un vagabundo por la Italia del Norte. En Noli, cerca de Génova, dió lecciones de Astronomía a algunos jóvenes nobles. Después pasó al Mediodía de Francia. En Tolosa hizo intentos para volver al redil de la Iglesia Católica, pero resistiéndose a volver a su convento. Espíritu inquieto, se trasladó a Londres, hospedándose en casa del Marqués de Castelnau, embajador de Francia. Allí escribió *La cena del Miércoles de ceniza*, obra plagada de errores y heregias... ¡Ave María Purísima!
- TODOS ¡Ave María Purísima!
- P. Roc. Por último, marchó a Wittemberg... Sos-

tuvo polémicas con los sabios de la escuela oficial a quienes calificó de bárbaros profesionales. Otra vez vagabundo, estuvo en Praga, hasta que se instaló en Frankfurt. Desde allí pasó a Venecia, de incógnito, y gracias al buen católico y noble caballero Giovanni Mocenigo, pudo ser arrestado por el Santo Oficio. Lo demás, ya deben saberlo. Al llegar a Roma, se aprovechó de un descuido de sus guardianes y consiguió escapar de nuevo; pero esta vez no podrá seguir su vida de aventuras. Le he cerrado todos los pasos y abrigo la seguridad de que en breve caerá en nuestro poder.

DUQ. ¿Si le prenden de nuevo, la sentencia será?...

P. Roc. La más rigurosa. Así lo exige la enormidad de sus pecados.

DUQ. ¿Auto de fe?

P. Roc. Probablemente. ¿Vamos a nuestra partida, Condesa?

DUQ. Veamos el portento.

CON. Ningún portento. Hoy saldrá victorioso el padre Roca.

P. Roc. ¿Dejaréis que os gane?

CON. Al contrario.

P. Roc. Así me gusta. Empiece la batalla.

CON. (Pausa.) Volviendo a Giordano. ¿Cómo se explica, padre, esa pasión que siente por la Filosofía?

P. Roc. Influencias del diablo, enemigo de Dios; pero comed... comed...

CON. Sí, sí. ¡Qué distraída!

P. Roc. Así vais a perder.

CON. Mi mente se ha excitado algo con el relato que nos hizo el padre.

P. Roc. Hay que conservar, en todo caso, la serenidad que presta la Fe! A mí no me alteran esos filósofos ni su pretendida ciencia. Puesto el espíritu en los sagrados misterios de nuestra santa religión, nada me

arredra. Soy por natural, piadoso. Me considero incapaz de hacer daño a un pajarillo; pero en el Tribunal de la Inquisición, soy inexorable como el mármol. Los terribles lamentos que profieren los herejes en el tormento... El dolor que se expresa en su cara... La espuma que echan por la boca... nada de eso me conmueve. Tal debilidad me avergonzaría a los ojos de Dios.

CON. ¿Pero hay algo en los libros de Giordano que pueda dar motivo a tan grave condena?

P. ROC. Por muchísimo menos han perecido otros en la hoguera.

ESCENA VII

Dichos y UJIER anunciando desde el foro

UJI. El padre Palermo, el padre Donisi y el padre Anselmi.

CON. ¡Adelante! ¡Adelante! (Vase el Ujier.)

P. ROC. Sin duda vienen a darme noticias... Se continuará, Condesa.

CON. ¿Queréis quedar a solas con ellos, padre?

P. ROC. No, no. Para mí esta casa es como si fuera un templo.

CON. Muchas gracias.

ESCENA VIII

Dichos y los padres PALERMO, DONISI y ANSELMI

P. PAL. ¡Señora Condesa! ¡Eminentísimo Padre!

CON. Sin cumplimientos. (Después de los saludos acostumbrados, toman asiento.)

P. ROC. ¿Hay noticias?

- P. PAL. Sí, eminentísimo padre.
P. ROC. Diganlas sino merecen reserva.
P. PAL. Aquí pueden decirse.
P. ROC. Esta es nuestra familia... Hablad sin temor alguno.
P. PAL. Anoche faltó muy poco para que nuestros soldados atrapasen al hereje.
P. ROC. ¡Hola! ¡Hola!
CON. ¿Con qué no le atraparon?
P. PAL. No, señora... Se defendió.
P. ROC. ¿Cómo? ¿Lleva espada?
P. PAL. Así parece.
P. ROC. Peor para todos los que le presten ayuda. ¡Ay de los cómplices y encubridores!
P. DONI. No podrá encontrar refugio en ninguna parte.
P. ANS. Será repudiado donde vaya y se le conozca por las señas que se han dado, hasta en las casas de mal vivir.
P. DONI. Nuestros soldados recorren cuantos escondrijos hay en Roma.
P. PAL. Sólo tiene una puerta para escapar.
P. ROC. ¿Cuál?
P. PAL. Asociarse a las cuadrillas de bandidos que infestan los alrededores de Roma.
CON. ¿Con los bandidos? Eso no, padre Palermo.
P. ROC. Opino como vos, Condesa. Sin embargo... Sin embargo.
CON. Giordano el Filósofo y Luigi el foragido no pueden ir juntos.
P. ROC. No. No pueden ir juntos... Luigi nos haría entrega del hereje.
CON. ¿Cómo?
P. ROC. El padre Palermo tiene atisbos muy excelentes. Hay que precaver ese peligro cerrándole toda senda de salvación. Tengo el sentimiento de dejar tan agradable compañía.
CON. ¿Nos deja?
P. ROC. Es preciso. Se me ha ocurrido una idea que deseo poner en práctica.

- CON. (Aparte al Padre Roca.) ¿Pactar con Luigi?...
¡Oh, padre!
P. ROC. Con un bandido, puede pactarse. Con un hereje, jamás. Adiós a todos.
DUQ. Vayan con Dios, padres, vayan con Dios.
P. ANS. Pasadlo bien, Condesa.
CON. Igualmente, padre. (Vanse los padres por el foro.)

ESCENA IX

CONDESA FIORINA y DUQUESA

- DUQ. Yo también te dejo.
CON. Desfile general.
DUQ. A recoger noticias.
CON. Veremos mañana que se cuenta.
DUQ. Hasta mañana.
CON. Adiós. (Váse la Duquesa por el foro.)

ESCENA X

CONDESA FIORINA

- CON. ¡Adriana! ¡Adriana!... Aquí... Ven pronto.

ESCENA XI

Dicha y ADRIANA por la derecha

- ADRI. ¿Llama la señora Condesa?
CON. Parece que un angel maléfico te hablaba al oído. Giordano está en Roma, perseguido por la Inquisición.
ADRI. Señora...
CON. No hay tiempo que perder... Avisa a Ferrari, al jefe de mis hombres de armas pa-

ra que puedan acompañarle dos de ellos, los más bravos; preparen mi litera de mano.

ADRI. ¿Va a salir la señora tan tarde cuando empieza a obscurecer?

CON. No importa. Corre a dar cumplimiento a mis órdenes.

ADRI. Al punto.

ESCENA XII

CONDESA FIORINA

CON. El Conde de Sarto me dará noticias... Necesito orientarme para poder auxiliar a Giordano. Si cae en poder del padre Roca, está perdido... Pero, ¡oh, Dios! ¿Qué es lo que intento? Se trata de un hereje. Voy a faltar a mis deberes religiosos. ¿Le abandono a su suerte? La conciencia me dicta que sí. El corazón me dice que no. ¿A quién obedezco? ¡Al corazón! ¡Al corazón!
(Vase por el foro.)

MUTACIÓN

CUADRO VI

Decoración corta de calle. Es de noche

ESCENA PRIMERA

Salen por la derecha CONDESA FIORINA dentro de una litera de mano conducida por dos servidores, y en pos, a guisa de escolta, FERRARI y otro, uno de ellos con una linterna.

CON. (Asomándose por la portezuela.) **Acelerad el paso.**
FER. **Más ligeros.** (Vanse por la izquierda.)

ESCENA II

Transcurrido algun espacio de tiempo aparece LUIGI. Se aproxima a la izquierda por donde ha desaparecido Fiorina.

LUI. Llegan a la plazuela... Se detienen... Los denuncia el resplandor de la linterna... ¿Dónde se meten? Sí; donde suele ir la Condesa... Aquella es la casa del conde de Sarto... Nuestros son. A la salida damos el golpe. ¡Qué Barrabás nos proteja! (Vase a la derecha y hace señas para que se aproximen los dos que trae de su cuadrilla.) Venid acá.

ESCENA III

Dicho. Aparecen por la derecha BANDIDOS I y II y otros dos.

BAN. I. ¿Hay fortuna, Capitán?
LUI. Mucha; pero baja la voz o te rajo. Se han metido donde presumíamos: en el palacio del Conde.

BAN. II. ¿De modo que a la salida?...
LUI. Eso es. Vosotros acometed a los hombres de armas. Yo cogeré en brazos a la Condesa. Se desmayará, como es consiguiente. y llevaremos a cabo la proeza más insigne de cuantas hicimos hasta ahora. Tendrá que darnos por el rescate, no mil escudos como ese tacaño de marqués de Pisa, sino el doble de la suma.

BAN. II. ¡Dos mil escudos! ¡Cuernos de Luzbell!
¡Qué hermoso!

LUI. De vosotros depende la mayor parte del éxito. Si flaqueáis en la acometida...

BAN. I. ¿Flaquear nosotros? Descuidad, Capitán.
LUI. Son muy bravos los de la Condesa.
BAN. II. Peor para ellos.

- BAN. I. Les rajaremos. ¿Podréis con la Condesa, Capitán?
- LUI. ¡Corpo di Baco! Para mí la mujer más robusta pesa menos que una sílfide.
- BAN. I. Vamos a ponernos a buen trecho.
- LUI. No hay prisa. En esta calle permanecemos más ocultos. El golpe ha de darse en la plazuela momentos después que salgan del palacio del Conde.
- BAN. II. ¡Dos mil escudos! Cómo se enciende la sangre de gusto.
- LUI. La Condesa es hermosísima. ¡Ay del que atente en lo más mínimo contra su honestedad!
- BAN. I. Para vos, Capitán, la Condesa.
- BAN. II. Para nosotros el dinero.
- LUI. Buena golosina obtuvistéis con el reparto de los mil escudos del marqués de Pisa.
- BAN. II. Y tanto.
- BAN. I. Pero el ansia de riquezas es insaciable. El brillo del oro me seduce.
- BAN. II. Mirad. ¿No salen? ¿No es aquella su linterna?
- LUI. Todavía no. Son tus ojos que relucen de codicia... Pero vamos a la plazoleta. Allí nos emboscaremos convenientemente. A callar desde ahora. Contened hasta el aliento... y a pegar fuerte... ¿Eh? A pegar fuerte. (Vanse sigilosamente por la izquierda.)

ESCENA IV

Aparece GIORDANO por la derecha.

- GIOR. Ya se han extendido las sombras por calles y plazas... Esta es mi hora... Tengo que vivir en plena noche huyendo de los hombres que se han convertido en lobos de mi pensamiento. ¿Dónde voy?... Huyendo en Italia, discutiendo en Alemania, enseñan-

do en Francia, propagando mis ideas en Inglaterra... Al cabo, ¿dónde vine a parar? A Italia otra vez. (Pausa.) ¡Me place la quietud que me rodea!... ¡Oh, soledad augusta! ¡Oh, noche sombría y misteriosa! ¡Oh, Roma monumental! ¡Qué imponente es tu sueño de crímenes y grandezas bajo tu palio azul de estrellas y luceros! ¡Cómo se hierguen altivas las agujas de tus templos! ¡Parece que están escribiendo en el cielo el triste porvenir que me aguarda!... Así lo legarán a las futuras generaciones al rodar de los tiempos... Generaciones de hombres que tendrán que avergonzarse de su pasada historia, manchada de crímenes... llena de sombras... henchida de lágrimas... cubierta de dolores... (Pausa.) ¡Oh Roma! ¿Serás tú mi Calvario? ¿Será esta luz que parece guiarme el resplandor de la hoguera que ya enciende el fanatismo religioso para abrasar en ella mi cuerpo? ¿No sería mejor que diera mi vida a las aguas del Tiber?... No. No... Primero mártir que suicida... Caiga sobre mi frente la mano de hierro del Destino.

LUI. (Dentro.) ¡Alto a Luigi! (Oyese al punto ruido de espadas.)

CEN. (Dentro.) ¡Miserables! ¡Bandidos! ¡Socorro! ¡Socorro!

GIOR. Voces que piden socorro... Llevo al cinto una espada... (Desenvainando la espada.) ¡A ver si ella desata este nudo de sombras. (Vase por la izquierda.)

MUTACIÓN

CUADRO VI

Decoración de plazuela en Roma

ESCENA PRIMERA

En primer término CONDESA FIORINA luchando desesperadamente con LUIGI. FERRARI con el otro hombre de armas y los que conducían la silla de mano que queda en medio de la escena, luchando a tajos y mandobles con los cuatro bandidos.

CON. ¡Suéltame, canalla! ¡Suéltame, miserable!

ESCENA II

Dichos y GIORDANO, por la izquierda

GIOR. ¡Suelta tu presa, bandido!

LUI. (Soltando a la Condesa, quien se retira a un ángulo, saca la espada y acomete a Giordano.) ¡Vamos a verlo!

CON. (A los que luchan.) ¡Duro, Ferrari! ¡Duro con ellos!

GIOR. ¡Muere!

LUI. (Soltando la espada, llevando las manos al pecho y cayendo.) ¡Muerto soy!

BAN. I. ¡Cayó el Capitán. Huyamos!

BAN. II. ¡Huyamos! (Huyen por la izquierda.)

CON. ¡A darles caza!...

FER. ¡A ellos! (Vanse los servidores de la Condesa en persecución de los bandidos.)

ESCENA III

CONDESA FIORINA y GIORDANO

CON. ¿Quién es mi salvador?

GIOR. ¡Señoral!

CON. ¡Cielos! ¡Giordano!

GIOR. (Con acento muy apasionado.) ¡Ah! ¡Fiorina! ¡Mi Fiorina!

CON. (Con magestad.) La condesa Fiorina.

GIOR. Perdón, señora Condesa... ¡Perdón!

CON. Yo también soy libre, caballero Giordano, también soy libre.

GIOR. Fracasó mi esperanza. ¡Adiós para siempre!

CON. ¿Dónde vais?

GIOR. A mi suplicio. ¡A la hoguera!

CON. ¡Desdichado! ¡Venid!

GIOR. ¿Me llamáis?

CON. Veníos conmigo.

GIOR. ¿Dónde?

CON. A mi palacio condal... Allí os daré refugio hasta que podáis salvaros... Entraremos por una puerta secreta.

GIOR. ¿No teméis al amor?

CON. El amor no tocará mi cuerpo. Ofreceré a Dios este sacrificio para que me perdone el pecado que voy a cometer dando asilo a un hereje.

GIOR. Abandonadme. Pensamos de distinto modo. Nuestras creencias religiosas son diferentes.

CON. No importa. La conciencia nos separa pero nos une el corazón. Dadme el brazo.

GIOR. ¡Ah, Fiorina! En Londres canté a Isabel de Inglaterra, ponderándola como Anfitrión, reina de los mares. A vos os cantaré como reina de la piedad y la hermosura.

- CON. Otra es vuestra reina y señora. ¡Cantaréis
a la Libertad!
- GIOR. ¡A vos y a la Libertad!
- CON. Vamos.
- GIOR. Vamos. (Vanse del brazo por la izquierda.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

CUADRO VII

La decoración del cuadro IV en el Palacio de Fiorina

ESCENA PRIMERA

CONDESA FIORINA

CON. La impaciencia me devora. Adriana es muy diligente, y no se explica esta tardanza. ¿Habrá puesto algún reparo el Cardenal Mazzoni? Tampoco. El Cardenal tenía ya extendido el pasaporte, según me dijo. Además es muy codicioso. Cien escudos para él constituyen la razón de Estado más poderosa. Aquí viene Ferrari.

ESCENA II

Dicha y FERRARI por el foro

FERR. Señora...
CON. Contad... Contad... ¿Qué habéis averiguado?
FERR. Vuestra doncella Adriana llegó al Vaticano hace más de dos horas. Se entrevistó con el Cardenal Mazzoni. Salió luego y...

- CON. ¿Hace más de dos horas?
FERR. Así es señora Condesa. Yo creí que ya hubiese llegado.
CON. No. No ha llegado. ¿Sabéis si el Cardenal la entregó algún documento?
FERR. No han llegado hasta ese punto mis averiguaciones.
CON. ¿La vieron salir del Vaticano?
FERR. Sí, señora.
CON. ¿Con toda seguridad?
FERR. Sin duda alguna.
CON. ¡Incomprensible! ¡Incomprensible!
FERR. ¿Deseáis algo más, señora?
CON. No. Podéis iros. Que venga el ujier. (Vase Ferrari por el foro.)

ESCENA III

CONDESA FIORINA

- CON. Tendré que dominar los nervios. No hay más remedio que esperar.

ESCENA IV

Dicha y UJIER por el foro

- UJI. ¿Qué mandáis, señora?
CON. No recibo. Decid a los que vengan que me he sentido indispueta.
UJI. ¿Ni al eminentísimo padre Roca?
CON. Tampoco.
UJI. Está bien.
CON. No. Esperad. Poneos al acecho y así que veais venir al padre Roca me avisaréis dando dos golpes sobre la puerta que es-

tará cerrada; mas luego no le detengáis; que pase... No olvidéis mi encargo.

UJI. Pierda cuidado la señora Condesa. (Vase el Ujier por el foro.)

ESCENA V

CONDESA FIORINA

CON. El padre Roca es muy suspicaz. Conviene no despertar todos sus recelos. Esta puerta cerrada. (Cierra la puerta del foro.) ¿No sería más conveniente que yo llegase hasta el aposento de Giordano? No. Quien quita la ocasión quita el peligro. He prometido a Dios que el amor no tocará a mi cuerpo y he de cumplir mi promesa. Estará escribiendo como siempre. Es un poeta vigoroso. ¿Hará versos? ¿Pensará en mí o escribirá filosofía? Sea lo que fuere. (Se aproxima a la derecha y llama.) ¡Giordano! ¡Giordano!

ESCENA VI

Dicha y GIORDANO por la derecha

GIOR. Fiorina.

CON. La fortuna contraría nuestros planes.

GIOR. ¿Qué ha ocurrido?

CON. Fuese Adriana al Vaticano con encargo de recibir de manos del Cardenal Mazzoni vuestro pasaporte extendido a nombre del Conde Lorenzini.

GIOR. ¿Se ha negado el Cardenal?

CON. No, pero Adriana no viene y hace más de tres horas que salió de Palacio.

GIOR. Dominad la impaciencia. Acaso un accidente pasajero ha detenido a vuestra Adriana.

- CON. No. No. Su tardanza me tiene inquieta con sobrado fundamento.
- GIOR. Tranquilizáos, Fiorina.
- CON. Venid. Sentaos a mi lado.
- GIOR. A vuestras plantas me pondría.
- CON. No. No merezco tanto.
- GIOR. Aquí me tenéis. Hablad. He de escucharos con embeleso.
- CON. ¿Por qué no volvéis al seno de la Iglesia, amigo Giordano?
- GIOR. Lo intenté cuando aun me hallaba incierto en las ideas que profeso. Hoy me sería imposible someterme a la disciplina eclesiástica. Además, sería preciso que abjurase de mi filosofía. Esto es todavía más imposible.
- CON. ¡Ah! ¡Giordano!
- GIOR. ¿Quién os arranca ese acento de amargura?
- CON. Temo por vos.
- GIOR. ¿Créis que no llegará el pasaporte?
- CON. ¿Veros libre fuera de Italia? ¡Esa es la anhelada solución! Pero Adriana no viene.
- GIOR. ¡Ah! Fiorina. ¿Que dulcemente influye en mi alma la ansiedad que demostráis? Vos sola compadecéis al fugitivo. ¡Al hereje!
- CON. ¡Callad! ¡Callad! Me recordáis el pecado que estoy cometiendo.
- GIOR. Ese pecado es flor del alma que exhala perfume de piedad a los ojos de Dios.
- CON. ¡Dios! ¡Dios! ¿Acaso hay más de uno?
- GIOR. Uno sólo.
- CON. ¿Quién es?
- GIOR. El mío y el de vos también, Fiorina, cuando sentís piedad por el hereje... No es el Dios de los que persiguen al hombre. No es el Dios de aquellos que encienden hogueras para quemarle vivo... Ni el Dios ciego de la ignorancia, ni el monstruo del fanatismo... sino el Dios que todo lo anima y vivifica con su Poder interno. El Dios que le concede al Hombre ojos para ver, oídos para oír y cerebro para pensar. El Dios que

enciende el fuego que despiden los astros. El Dios que pone alas al pájaro para que pueda volar... Que pone vivos colores en las florecillas de los campos para que puedan servir de gala y poesía a la Naturaleza. Que le dice a cada sér y a cada criatura: Muévete conforme a tus órganos de acción y movimiento. Y le dice al pájaro: vuela porque debes volar. Y le dice al Astro: luce porque debes lucir. Y le dice al Hombre: piensa porque debes pensar. Pese a los tiranos; pese a los verdugos; pese a los inquisidores; tu pensamiento es libre y nadie puede atentar contra la libertad de tu pensamiento.

CON. ¡Qué pintura tan hermosa si fuese verdadera!

GIOR. Lo es, Fiorina, lo es. ¿No se estremece vuestro corazón pensando en los martirios que se infieren en los calabozos del Santo Oficio?

CON. ¡Ah! Sí. Sí.

GIOR. ¿Puede concederse que Dios consienta en que una criatura atormente a otra criatura?

CON. No. No.

GIOR. ¿Es posible la existencia de un Dios vengativo y cruel?

CON. No quiero oiros. No quiero oiros.

GIOR. Miradme entonces.

CON. Tampoco, porque vuestras miradas...

GIOR. Este resplandor que notáis en mis ojos es el ardor del alma.

CON. ¿Quién lo enciende? algún genio maléfico.

GIOR. Miradme.

CON. No quiero condenar la mía.

GIOR. Miradme.

CON. ¡Ah! Sí, Giordano. Vuestra alma es noble y generosa.

GIOR. ¿Quién enciende esta luz?

CON. Dios sin duda. Estáis infiltrando en mi corazón vuestras doctrinas heréticas.

GIOR. Decid, decid Fiorina.

- CON. ¿Que queréis? Me estáis abrasando con el fuego de vuestros ojos. ¿Qué queréis?
- GIOR. Pronto nos separará el destino. El fraile fugitivo, el filósofo excomulgado, el hereje maldito caminará errante por tierras extrañas. No habrá piedad para él. Cerradas hallará todas las puertas. Decidme, Fiorina, decidme si tendréis vos abierto para mí el corazón. Solo os pido un recuerdo.
- CON. Viviréis en mi memoria.
- GIOR. ¿Y si subo a mi Calvario? Si llega a vuestra noticia que mi cuerpo fué arrastrado a la hoguera?
- CON. ¡Oh, Dios! Venid a mis brazos, Giordano. No. Callad. Han dado dos golpes en la puerta. La señal convenida. Volved a vuestro aposento. Viene el padre Roca. No salgáis nunca como no sea a mi voz.
- GIOR. Como queráis, Fiorina. (Vase por la derecha.)

ESCENA VII

CONDESA FIORINA

- CON. (Abriendo la puerta del foro.) Ya está libre el paso. ¡Me late el corazón! ¿Por qué? No hay motivo. Nada sabe el padre Roca. ¡Y Adriana sin venir! Esta es la espina. Ya llega.

ESCENA VIII

Dicho y el padre ROCA por el foro. Al entrar mira a uno y otro lado de la habitación

- CON. Adelante, padre, adelante.
- P. ROC. ¿Me esperabáis por lo visto?
- CON. Presentía vuestra llegada. Mirad el tablero en disposición.

- P. Roc. Sí. Sí. Ya lo veo.
COND. Tendré que daros alguna ventaja.
P. Roc. No por cierto. Tengo afán por ver si en condiciones de igualdad puedo ganáros alguna partida. Hoy no hay contertulios.
CON. Acaso vengan más tarde.
P. Roc. ¿A la batalla?
CON. A la batalla. (Se sientan junto al tablero. Juegan.) Empezáis muy bizarramente.
P. Roc. Os habéis descuidado.
CON. No tanto como pensáis...
P. Roc. ¡Hola! Detenéis mis vuelos... ¿Meditáis? Esto va para largo. Hablemos ínterin de alguna cosa... ¿Qué tenía yo que deciros?...
CON. No será muy importante.
P. Roc. Importantísimo.
CON. Ya os oigo.
P. Roc. Preparáos, Condesa.
CON. ¿Me asustáis... Tratáis de ganarme así la partida?
P. Roc. ¿Os fijásteis bien en el caballero que os arrancó del poder del bandido Luigi?
CON. Nos envolvía la obscuridad. No pude fijarme mucho.
P. Roc. Comed... Comed.
CON. Sí que como.
P. Roc. Fué una lástima muy grande.
CON. ¿Por qué razón?
P. Roc. Porque según todas las averiguaciones que estoy practicando, aquel desconocido es... Veo que ahora coméis demasiado, Condesa.
CON. Cierto.
P. Roc. Vuelva al tablero esa ficha.
CON. Perdonad. (Pausa.) ¿Decíais que?...
P. Roc. Que vuestro nocturno salvador... ¿No lo adivináis?
CON. No, por cierto. ¿Quién es?
P. Roc. Giordano Bruno.
CON. ¿Giordano?... Imposible.
P. Roc. Eso digo yo... porque vos le hubiérais conocido en el acto.

- CON. ¿Yo? ¿Por qué?
P. Roc. Porque Giordano, cuando estaba en el convento era uno de vuestros intimos.
- CON. ¡Es verdad! ¡Es verdad! (Pausa.)
P. Roc. Coronad esta dama y tened cuidado.
CON. Casi me habéis derrotado.
P. Roc. No me atrevo a cantar victoria todavía.
CON. ¿Y quién dice que?... (Pausa.)
P. Roc. Alguno que le vió cuando apareció para libraros de las garras del famoso bandido.
CON. La noche era muy oscura. Ha debido equivocarse. Os como la dama.
P. Roc. A la justicia prender. (Pausa.) ¿De modo que?...
- CON. No. No era Giordano.
P. Roc. ¿Y si lo fuera?
CON. ¿Cómo?
P. Roc. La noche no era sólo oscura para los demás. Lo era también para vos, condesa.
CON. Yo pude fijarme. (Pausa.)
P. Roc. ¿No os dijo su nombre?
CON. No. No quiso decirlo; ni aceptar ninguna recompensa.
P. Roc. Es muy extraño. Recordadlo bien.
CON. Ya lo recuerdo. (Pausa.)
P. Roc. ¿No era el Conde Lorenzini?
CON. ¿Qué escucho? ¿El Conde Lorenzini?...
- P. Roc. El mismo. El mismo.
CON. ¿Cómo sabéis?...
- P. Roc. Dejadme antes que os dé un buen golpe. Salvad vuestra dama.
CON. Así. ¿Y ahora cómo salváis la vuestra?
P. Roc. Me habéis ganado.
CON. No tenéis fortuna y eso que sabéis mucho.
P. Roc. Se sabe todo, Condesa, se sabe todo.
CON. Esto no ha sido una partida, padre.
P. Roc. ¿Que ha sido?
CON. Un interrogatorio.
P. Roc. ¿Estáis bien de confesión, Condesa? ¿No necesitáis descargaros de algún pecadillo?
CON. ¿Suponéis que?...
- P. Roc. No. No supongo nada, pero os advierto

que a veces la piedad conduce al pecado de heregía como las propias doctrinas heréticas. Os dejo por hoy, Condesa.

CON. ¿Os vais así dejando en mi alma esta semilla de incertidumbre?

P. Roc. Ya hablaremos... Ya hablaremos.

CON. ¿Cuándo?

P. Roc. Así que florezca la simiente. Quedad con Dios.

CON. Como gustéis... Seguid en su gracia. (Vase el padre Roca por el foro.)

ESCENA IX

CONDESA FIORINA

CON. Sus últimas frases me han desconcertado. ¿Le habrá dicho el Cardenal Mazzoni que yo he solicitado un pasaporte para el Conde Lorenzini?... No creo que el Cardenal haya sido infiel a la reserva que prometió. Mas no siendo así, ¿cómo ha podido el padre Roca saber que?... Nadie conoce mi secreto... ¿Qué misterio hay aquí?... ¿Se hallará esto relacionado con la tardanza de Adriana? ¿Pero en tan breve tiempo, cómo? Meditémoslo con serenidad. Las palabras del Inquisidor eran punzantes, irónicas... Se dibujaba en sus labios una sonrisa malévolamente. La piedad también conduce a la heregía, ha dicho... Indudablemente, el padre Roca sospecha o conoce lo que ocurre. Es preciso que Giordano salga de Italia hoy mismo; pero ¿cómo, cómo? ¿Debo esperar cruzada de brazos? Necesito agitarme, moverme. ¿Dónde dirigirme? ¡Ah, ya sé! ¡Al Vaticano! Le pediré explicaciones al Cardenal Mazzoni. (Vase por el foro.)

CUADRO VIII

Telón corto, donde habrá pintada la sala de tormento de la Inquisición, con sus garfios, ruedas, poleas, etc.

ESCENA I

El padre PALERMO

P. PAL. El padre Roca olfatea a los herejes de un modo prodigioso. Creo que ha penetrado en el misterio en que se halla envuelta la nocturna aventura de la Condesa. Es un santo. Un inspirado del Cielo. Aquí viene.

ESCENA II

Dicho y el padre ROCA, por la izquierda.

P. Roc. Se va desenredando la madeja, padre Palermo. Se va desenredando la madeja.

P. PAL. ¡Bendito sea Dios!

P. Roc. ¿Y Adriana?

P. PAL. Dispuesta para sufrir el interrogatorio.

P. Roc. Tráiganla a mi presencia. Quiero interrogarla yo mismo. (Vase el padre Palermo por la izquierda.)

ESCENA III

El padre ROCA

P. Roc. La Condesa Fiorina tiene muy buenos sentimientos, pero su fe religiosa anda vacilante... Será preciso afirmarla con más sólidos.

das cimientes... El Conde Lorenzini y Giornno Bruno constituyen sin duda una sola pieza... Se va haciendo luz en el asunto. La Condesa no pudo ocultar su turbación... Cometí, sin embargo, una gran torpeza. La puse en guardia demasiado pronto. Veamos lo que dice Adriana.

ESCENA IV

Dicho y los padres PALERMO, DONISI y ANSELMI seguidos de Adriana, que trae las manos juntas a la espalda metidas en dos esposas de dar tormento con presión a tornillo, acompañada de dos esbirros de muy mala catadura.

ADRIANA ¡Ah! El padre Roca. Mandad que se me ponga en libertad, padre. Me han preso injustamente.

P. ROC. Seréis puesta en libertad, hija mía, si sois verídica en vuestras manifestaciones.

ADRIANA Preguntad... Preguntad.

P. ROC. ¿Sois buena creyente?

ADRIANA Lo soy, padre, lo soy.

P. ROC. ¿Tenéis fe en los misterios de nuestra Santa Religión?

ADRIANA Sí, señor; sí, señor.

P. ROC. Pues bien, Adriana. Vais a ayudarnos a extirpar un gran pecado de heregía, demostrando que no sois cómplice ni encubridora de ese pecado.

ADRIANA ¿Qué deseáis saber?

P. ROC. La señora Condesa os mandó al Vaticano para que recogiéseis de manos del Cardenal Mazzoni un pasaporte extendido a nombre del Conde Lorenzini... ¿No es así?

ADRIANA Me dijo que fuese a recoger un documento que me entregaría Su Eminencia, quien ya estaba advertido. Luego, al salir del Vaticano fui arrestada y metida en un coche. No sé nada más.

- P. ROC. ¿No sabéis quién es el Conde Lorenzini?
ADRIANA No. No, señor.
- P. ROC. (A los esbirros.) Apretad los tornillos un poco.
ADRIANA ¡Ay! ¡Ay! ¡Qué dolor! ¡Aflojad!... ¡Aflojad!...
P. ROC. ¿Sabéis quién es el Conde Lorenzini?
ADRIANA No. No lo sé.
- P. ROC. Apretad un poco más.
ADRIANA ¡Ay de mí! ¡Qué dolor! Me parten las muñecas... ¡Virgen María, qué dolor tan grande! ¡Soltad! ¡Soltad! Por el divino Jesús, que murió en el Calvario. ¡Esto es insufrible!...
- P. ROC. ¿Diréis la verdad?
ADRIANA La diré, padre, la diré.
- P. ROC. (A los esbirros.) Aflojad.
ADRIANA ¡Ay, qué consuelo! Padre Roca, no creí que vos me hubiéseis de dar un tormento tan horrible!
- P. PAL. Esto no es nada, hija mía. Esto no es nada.
P. ROC. Tranquilízate... ¿Te hallas ya dispuesta a decir la verdad?
- ADRI. Pero, Dios mío, ¿qué verdad queréis que os diga?
- P. ROC. Deseamos que nos digáis quién es el conde Lorenzini.
- ADRI. ¿El conde Lorenzini?... ¡El conde Lorenzini?... ¡Ah! Sí. Sí... Es el que salvó a la Condesa la otra noche. El que dió muerte al bandido Luigi.
- P. ROC. Ya os habéis puesto en el buen camino. No os salgáis de él y acabarán muy pronto vuestras penas.
- ADRI. Pero no me martiricéis. ¡Por Dios! No me martiricéis. Estos hierros que me oprimen las muñecas hacen mucho daño. ¡Me siento desfallecer de angustia!
- P. ROC. Enjugad el sudor que inunda su frente. Que aspire alguna esencia.
- P. DONI. (Enjugando la frente de Adriana con un pañuelo.) Tranquilizaos, Adriana. Decid la verdad y nada temáis.
- P. ANS. (Sacando un frasco y haciéndola aspirar la esencia que

contiene.) Respirad bien fuerte. Esto os dará mucho alivio y reanimará vuestro espíritu.

ADRI. Sí. Sí. Ya respiro mejor.

P. RCC. Decidnos... Ese conde Lorenzini, ¿quién es?

ADRI. Qué sé yo, padre, qué sé yo.

P. RCC. Sabemos que la Condesa no tiene secretos para vos. Ese pasaporte era para Giordano Bruno, ¿no es verdad?

ADRI. ¡Jesús! ¡Jesús!

P. RCC. Confesadlo, hija mía. El Santo Oficio no quiere haceros ningún daño. Quisiéramos ahorraros todo dolor, pero tenemos derecho a que vos nos auxiliéis como buena cristiana en el descubrimiento de la verdad.

ADRI. No. No es Giordano Bruno.

P. RCC. (A los esbirros.) Dad dos vueltas seguidas.

ADRI. ¡Ay! ¡Ay! ¡Qué horroroso! ¡Soltad! ¡Soltad, por Jesús crucificado! Sí. Sí. Giordano Bruno... Pero, ¡Soltad... soltad, por el divino Jesús!

P. RCC. (A los esbirros.) Soltad.

ADRI. Confesaré todo lo que sepa. Quitadme el sudor... Dejad que aspire el frasco de esencia. (Los padres Donisi y Anselmi repiten la operación que antes practicaron.)

P. DONI. ¡Calma! ¡Calma!

P. ANS. ¡Sosegaos! ¡Sosegaos!

ADRI. Ay mi señora... ¿Quién había de decir que yo... que Adriana había de denunciaros?...

P. RCC. San Pedro negó a Cristo por tres veces, hija mía...

ADRI. ¿Qué más queréis saber?

P. RCC. ¿Dónde está Giordano Bruno?

ADRI. En un aposento retirado de palacio.

P. RCC. Basta. Ya habéis dicho toda la verdad. Llevadla y que le preste sus auxilios el médico de guardia del Santo Oficio.

ADRI. ¡Qué dolor! ¡Qué dolor! (Vanse los esbirros con Adriana.)

ESCENA V

Los mismos menos ADRIANA y ESBIRROS

P. Roc. No hay tiempo que perder. Vamos a ejercer nuestro sagrado ministerio. Póngase en acción el Santo Tribunal... Que nos acompañen cuatro soldados, y al palacio de la Condesa. (Vanse todos por la izquierda.)

CUADRO IX

La decoración del cuadro VII en el palacio de la Condesa

ESCENA PRIMERA

Hace salida la CONDESA FIORINA, por el foro.

CON. Mi idea era excelente. Ver al Cardenal y pedirle otro pasaporte... pero ya no se hallaba en el Vaticano. No he podido verle. Presiento que hay peligro. Entreveo que hay una sombra que avanza... Las ironías del Padre Roca... La desaparición de Adriana... Es preciso tomar una resolución decisiva. (Toca un timbre y aparece el UJIER.) Que venga Ferrari... Al punto.

ESCENA II.

CONDESA FIORINA

CON. Acaso luego ya sería tarde.

ESCENA III

Dicha y FERRARI, por el foro.

- FERR. ¡Señoral
CON. ¿Puedo contar con vos, Ferrari?
FERR. Me dejaría matar en vuestro servicio y aún me daría por satisfecho.
CON. Necesito que uno de mis amigos, el conde Lorenzini, salga de Italia, burlando la persecución de que es objeto. Hombres de armas, los que necesitéis... A vuestra disposición una bolsa repleta de oro... ¿Qué os parece?
FERR. Mandad. ¿Cuándo ha de ser?
CON. ¿Creéis posible la empresa?
FERR. Y tanto...
CON. Tendréis que abriros paso.
FERR. Con uno que llegue basta.
CON. Derramad el oro... Sobornad...
FERR. Se hará cuanto sea necesario. ¿Necesita el conde Lorenzini salir de Italia? Dadlo por hecho.

ESCENA IV

Dichos y UJIER por el foro

- UJI. El Santo Oficio con el eminentísimo padre Roca, Inquisidor general.
CON. ¡Ah! Ya llegó la sombra. Idos, Ferrari, a preparar vuestra gente. Que pase el Santo Oficio. (Vanse el Ujier y Ferrari por el foro.)

ESCENA V

CONDESA FIORINA

- CON. Siento que se subleva mi altivez... Mi energía crece en presencia del peligro.

ESCENA VI

Dicha y el padre ROCA y los padres PALERMO y DONISI seguidos de otros familiares y cuatro soldados por el foro.

- CON. ¿Con qué caracter venís a mi casa, padre Roca?
- P. Roc. Con el caracter de Inquisidor general. Se halla en vuestra presencia la representación más alta del Santo Oficio.
- CON. Habéis olvidado, sin duda, que por bula expedida por el Santo Padre, el Palacio de la Condesa Fiorina tiene jurisdicción propia. Por semejante fuero el Santo Oficio no puede allanar mi casa sin orden expresa del Soberano Pontifice. ¿Traéis esa orden?
- P. Roc. Conozco vuestro fuero, pero en servicio de Dios, me anticipo a toda diligencia oficial, contando con vuestros sentimientos religiosos. Habéis dado asilo en vuestro palacio al hereje Giordano Bruno. Hacednos entrega de ese hombre.
- CON. El Inquisidor general viene obligado en primer término, a dar cumplimiento a las leyes. A él me dirijo para que sea respetado mi fuero.
- P. Roc. Se trata de un hereje.
- CON. Se trata de mi derecho.
- P. Roc. Dios está sobre las leyes.
- CON. Dios está en la ley.
- P. Roc. ¿Acaso ya no reina en vuestra conciencia? ¿Acaso os habéis contaminado del pecado de la heregía?
- CON. Mi conciencia es de Dios, pero el fuero es de mi linaje.
- P. Roc. En nombre de Dios, entregadnos a Giordano Bruno.
- CON. En nombre de Dios respetad mi fuero.
- P. Roc. Pena de excomuni6n mayor.

- CON. No importa. A Dios lo que es de Dios. Al César lo que es del César.
- P. ROC. ¡Condesa sacrílega! Caed de rodillas ante el Santo Tribunal de la Inquisición... ¡Soldados! Registrad la casa y apoderaos del hereje.
- COND. Ni un paso más. (Vase al foro.) Aquí mis hombres de armas... ¡Ferrari!... Venid todos en mi auxilio.

ESCENA VII

Dichos y FERRARI y ocho hombres de armas con las espadas desenvainadas por el foro.

- FERR. Aquí estamos.
- CON. Ferrari, al primero de estos hombres, sacerdote o soldado, que intente penetrar en mis habitaciones violando mi derecho, arrancadle la vida. La Ley os absuelve de antemano.
- FERR. ¡Así lo haremos!
- P. ROC. ¡Faltáis a Dios! ¡Faltáis a la Religión!
- CON. Defiendo mi derecho. Retírese el Santo Oficio de mi casa.

ESCENA VIII

Dichos y el Padre ANSELMI por el foro

- P. ANS. Paso, paso. Aquí está la orden, eminentísimo Padre. (Entregándole un pliego que trae.)
- P. ROC. Llegó a tiempo. He aquí la autorización que solicitáis, señora Condesa. Tomad. Cercioráos por vos misma. Su Santidad ordena que se respete vuestra persona.
- CON. (Tomando el pliego.) ¡Todo se ha perdido!

- FERR. Señora, ¿queréis que los pasemos a cuchillo?
- CON. No, Ferrari. Mi derecho ha caducado. Cúmplase la voluntad del Soberano Pontífice.
- P. ROC. Soldados...
- CON. No; por mi altivez de dama noble italiana. (Vase a la derecha.) ¡Giordano! ¡Giordano!

ESCENA IX

Dichos y GIORDANO por la derecha

- GIOR. Aquí estoy.
- P. ROC. ¡El es!
- P. DONI. ¡El renegado!
- P. PAL. ¡El hereje!
- CON. ¡Giordano! La condesa Fiorina os entrega al Santo Oficio.
- GIOR. La condesa Fiorina vivirá eternamente en mi memoria, mientras haya un latido en mi corazón... Regocijáos, Inquisidor. Ya tenéis carne viva para dar alimento al fuego de vuestras hogueras.
- P. PAL. ¡Calle el apóstata!
- P. DONI. Habrá que ponerle una mordaza.
- P. ROC. Al contrario... Ahora ya está en nuestro poder... Déjenle que hable. Cada palabra que sale de sus labios, es un documento de heregía.
- GIOR. Amordazaréis mi boca, mas ya no podréis impedir que se hable en todo el Mundo de mi doctrina. Haréis que la muerte selle mis labios, pero no podréis borrar la Verdad ya impresa en mis libros. Abrasaréis mi cuerpo, pero mi espíritu flotará sobre las cenizas. Escuchad mi profecía. Rodarán los siglos, y los cadalsos que ahora levantáis, se convertirán en monumentos de gloria... Y los cuerpos que ahora devoráis

por medio de las llamas, resurgirán por arte del Genio, en mármoles y bronces... Rodarán los siglos y caeréis vosotros... Y el pensamiento será libre... Y la bestia del fanatismo, será expulsada para siempre de la conciencia humana. Vamos. (Vase por el foro seguido de frailes y soldados.)

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

CUADRO X

Decoración del cuadro IX en el Palacio de Fiorina

ESCENA PRIMERA

Aparecen en escena ADRIANA y FERRARI

- FERR. ¿Dices que te duelen aún las muñecas?
ADRI. Sí, Ferrari.
FERR. A ese Inquisidor general lo voy yo a ensartar el mejor día.
ADRI. ¡Calla, por Dios! ¡Que no te oigan! ¡Que no te oigan!
FERR. ¡Pobre Adriana! Mucho debiste padecer cuando te espanta sólo el recuerdo.
ADRI. Ponen las muñecas dentro de unas esposas de hierro que se van cerrando a tornillo. ¡Ay!
FERR. Me estremezco pensando en el dolor que sufrirías. ¡La Inquisición no tiene entrañas!
ADRI. Se van cerrando las esposas y se van saliendo los huesos de su lugar... Tenía todo el cuerpo bañado en sudor frío.
FERR. ¿Y no se compadecían los padres de ti?
ADRI. Me decían que tuviese paciencia que aquello no era nada.

- FERR. ¡Hipócritas! ¡Miserables!
- ADRI. ¡Silencio! ¡No les ofendas!... ¡Ay de tí, Ferrari, ay de tí si llegara a sus oídos!
- FERR. No me oyen. Tranquilízate.
- ADRI. El viento es traidor.
- FERR. Aquí no hace viento. Es el miedo que tienes. La Inquisición es tu pesadilla.
- ADRI. Hablemos de otra cosa. ¿Conseguirá la señora el permiso que fué a solicitar al Vaticano para ver al prisionero?
- FERR. El oro abre todas las puertas y obtiene todos los permisos. La señora conoce a la gente con quien tiene que habérselas.
- ADRI. Pero es que dice la señora que desde que tuvo lugar la escena del otro día, nota mucha frialdad, para ella, en la Corte pontificia.
- FERR. Todo se zanja amontonando escudos. ¡Ya verás cómo vuelve con el permiso!
- ADRI. El corazón no me augura nada bueno. Presiento muchas desgracias para el porvenir.
- FERR. Nada temas. Después del Pontífice nuestra casa es la más influyente y poderosa de Italia.
- ADRI. La torre más alta cae también.
- FERR. Si cae nos cojerá a todos debajo. No te apures.
- ADRI. Ferrari. Por esa lealtad con que sirves a la señora te has granjeado mi cariño.
- FERR. Tú también te has encariñado con tu señora.
- ADRI. Con toda el alma. ¿Sabes lo que ayer me dijo?
- FERR. Sepámoslo.
- ADRI. Ya sé que os queréis Ferrari y tú. Protejo vuestro enlace. Llevarás buen dote.
- FERR. ¿Eso dijo?
- ADRI. Como lo acabas de oír.
- FERR. ¡Bendita señora! ¿Y aun te parece extraordinario que uno se halle dispuesto a dejarse matar por ella?
- ADRI. Aquí viene.

ESCENA II

Dichos y condesa FIORINA, por el foro

- FIOR. Ferrari. Vamos a ir al Santo Oficio con las preeminencias del fuero debido a mi linaje. Que se vistan todos de gran gala. Heraldos, pajes, escuderos y hombres de armas... ¡Que nada falte al esplendor de mi corte!
- FERR. Voy a cumplir sus órdenes. (Vase Ferrari por el foro.)

ESCENA III

FIORINA, ADRIANA

- ADRI. ¿Consiguió la señora?
- FIOR. Sí. He conseguido un amplio permiso de Su Santidad para celebrar una conferencia con el prisionero!
- ADRI. ¡Ay, señora! ¡Qué peso se me quita del corazón!
- FIOR. ¿Crefas que?..
- ADRI. Como os veo tan pensativa estos días.
- FIOR. Es que medito... Busco una forma, un plan para salvar a Giordano, pero le rodea un muro de bronce... La mano implacable del padre Roca le tiene agarrado y no le suelta... no le suelta... Esto me desespera...
- ADRI. Perdón, señora, perdón.
- FIOR. ¿Por qué perdón?
- ADRI. Porque yo he sido la causa de que le cogieran prisionero... La señora no puede figurarse el dolor que producen las máquinas de dar tormento... Yo quería resistir y no podía... no podía. Todo mi cuerpo tem-

blaba como la hoja del árbol. Oleadas de sudor inundaban mi frente... ¡Qué angustia, señora, qué angustia!... No querían soltarme si no declaraba la verdad, y tuve que decirla con todo el dolor de mi alma. ¡Yo os he perdido, señora, yo os he perdido!

FIOR. Tranquilízate, pobre Adriana.

ADRI. ¿No me guardáis enemistad alguna?

FIOR. De ningún modo.

ADRI. ¡Gracias! ¡Gracias!

FIOR. Ya te lo dije cuando llegaste y vuelvo a decírtelo ahora. Yo sé que en esos casos el dolor del cuerpo se sobrepone a la firmeza del espíritu. Si claudican, en el tormento, los hombres de más tesón, ¿qué habías de hacer tú pobre corderilla?

ADRI. ¡Ah, señora! ¡Qué buena sois! ¡Qué buena sois!

FIOR. Lo soy desde que ha penetrado en mi conciencia la divina palabra de Giordano... Ante él los demás hombres me parecen gusanos. Ellos son el lodo, la sombra, la caverna. Giordano es el perfume... la luz... el cielo.

ADRI. ¡Cuánto le amáis, señora!

FIOR. Con amor que se va despojando de la carne y se transforma en llama viva del espíritu. Mi amor era crisálida. Giordano la ha convertido en mariposa. Vamos, Adriana. Hoy quiero adornar mi cuerpo con perlas y brillantes. Quiero ostentar mis mejores galas. Vamos a mi gabinete. (Vanse por la izquierda.)

(MUTACIÓN)

CUADRO XI

Corredor en el Palacio del Santo Oficio

ESCENA PRIMERA

Aparecen por la izquierda el padre DONISI, seguido de los padres PALERMO y ANSELMI. Viene explicándoles la imposibilidad de la redondez de la Tierra.

- P. DONI. Esos que se llaman sabios y que son sencillamente unos herejes, hinchan la pompa de jabón...
- P. PAL. Detengámonos un poco, padre Donisi...
- P. ANS. Sí. Queremos oír vuestras sabias argumentaciones.
- P. DONI. La falsa idea empieza a germinar en algunos cerebros, pero la Iglesia, triunfante, aplastará la cabeza de la serpiente. La Tierra no puede ser redonda en primer lugar, porque esta es una teoría que pugna con los textos sagrados, y en segundo, por leyes físicas de la mayor sencillez que se hallan al alcance de todo el mundo.
- P. PAL. ¿Las habéis descubierto vos?
- P. DONI. Merced a la Divina gracia.
- P. ANS. Os las reserváis o queréis que se conozcan.
- P. DONI. Pienso con ellas sorprender a esos sabios herejes. El asombro que ha de producirles ha de ser extraordinario.
- P. PAL. Hacednos alguna revelación.
- P. ANS. Contad con nuestra reserva.
- P. DONI. Cuento con ella. Escuchad. La Tierra podría ser redonda sólo en un caso.
- P. PAL. ¿Cuál?
- P. ANS. ¿Cuál?
- P. DONI. En el caso de que fuese sólida toda ella.

- P. PAL. ¡Es verdad!
- P. ANS. ¡Qué luz tan grande!
- P. DONI. Los mares no pueden ser esféricos, porque se saldrían de la redondez para formar superficie plana.
- P. ANS. Cierto.
- P. PAL. Cierto.
- P. DONI. Esta es una propiedad que tienen los líquidos. El nivel de agua obedece a la misma ley, determinando siempre la horizontal. Además, tampoco podría navegarse como no fuera perforando los mares para buscar la línea recta.
- P. PAL. Tenéis razón que es la Divina gracia la que os ha inspirado.
- P. ANS. Si se puede navegar es porque el mar ofrece la superficie plana... No puede ser más sencillo y elocuente.
- P. DONI. Los espíritus obcecados no ven estas cosas, que en el fondo no pueden ser más elementales... La Ciencia, cuando va unida a la Fe, jamás se separa de la Verdad Suprema, revelada por Dios al Hombre... Hay problemas que al pronto ofrecen alguna duda dejando al ánimo perplejo; pero sin arredrarse, ni salirse jamás del camino que ya está anticipadamente trazado por las Santas Escrituras, se encuentra la solución deseada y entonces se ve que lo que parecía una montaña viene a resultar un grano de arena.
- P. ANS. El eminentísimo padre Roca.

ESCENA II

Dichos y el padre ROCA, por la izquierda.

- P. Roc. Padre Anselmi... Es preciso anticipar la solemne sesión en la cual se ha de oír y juzgar a Giordano Bruno.

- P. ANS. Todo está preparado, más como dijisteis que...
- P. ROC. No importa. No importa. Conmigo han venido ya los demás inquisidores dignatarios. Conviene, en mejor servicio de Dios, que se anticipe el interrogatorio. Idos a cumplir mis ordenes.
- P. ANS. Al punto. (Vase por la derecha.)

ESCENA III

Los mismos menos el padre ANSELMI.

- P. PAL. ¿Ocurre algo grave, padre Roca?
- P. ROC. Sí. Acaba de participármese que Su Santidad ha concedido permiso a la condesa Fiorina para celebrar una conferencia con el prisionero. Esta decisión del Soberano Pontífice me ha contrariado extraordinariamente, porque demuestra que la Condesa no ha perdido sus antiguos y poderosos prestigios, a pesar de haber dado asilo en su palacio a un hereje.
- P. PAL. ¿No conocéis el secreto, eminentísimo padre?
- P. ROC. Lo conozco y me avergüenza.
- P. DONI. Hay en Roma cardenales codiciosos cuyo talismán es el oro.
- P. ROC. Lo sé. Lo sé.
- P. DONI. Y como la Condesa es inmensamente rica...
- P. ROC. No hablemos de eso. No hablemos de eso. Procuremos nosotros corregir el entuerto sin salirnos de la obediencia que debemos a la más alta gerarquía de la Iglesia, guiados por la Fe que es el faro de nuestras almas. Hay que evitar que la Condesa se aviste con Giordano antes de que se lleve a cabo el interrogatorio inquisitivo. Se trata sólo de anticipar una hora la sesión. ¿Estáis bien preparado, padre Donisi?

- P. DONI. Lo estoy, eminentísimo padre.
P. PAL. Es admirable. Acaba de explicarnos la razón física por la cual se demuestra que la Tierra tiene que ser plana necesariamente.
P. ROC. Bien. Bien. Mas, sobre todo, fijáos escrupulosamente en el cuarto punto de herejía. Aquí está el tema fuerte de Giordano. La libertad del pensamiento.
P. DONI. Confundiré al hereje.
P. ROC. Me satisfáce mucho la seguridad que demostráis. Le haremos abjurar de sus errores y le sentenciaremos a perecer abrasado en las llamas. No perdamos tiempo... Vamos a dar comienzo a la sesión. (Vanse por la derecha.)

MUTACIÓN

CUADRO XII

Sala de tormento y de interrogatorios inquisitivos en el Tribunal del Santo Oficio de Roma. Puerta muy grande al foro. Otra más pequeña a la derecha.

ESCENA PRIMERA

Aparece en escena GIORDANO, como si se hubiera levantado de la silla de hierro que tiene a su espalda y cuya silla tiene adosada por detras una rueda, la cual se supone que al girar funciona para dar tormento, hallándose el paciente sentado sobre dicha silla con los brazos atados a la referida rueda. Detrás de Giordano, dos esbirros atormentadores. En el foro un piquete de soldados. Al levantarse el telón, hacen salida por la derecha el padre ROCA, el padre PALERMO y otros frailes inquisidores dignatarios. Colócanse en un pequeño estrado que habrá como para presidir el Tribunal. Siguen los padres DONISI y ANSELMI, quienes se colocan en un ángulo, donde habrá sobre unos atriles, grandes libros, figurando ser las Sa-

gradas Escrituras, objeto de consulta. Cerca, una mesa escritorio donde se sentará el Padre ANSELMI, como para actuar de secretario. Debe darse una gran propiedad al cuadro, para que resulte conforme a los usos y prácticas de la época.

- P. ROC. (Después de haberse todos colocado en su sitio pausadamente.) **Empieza la sesión del Santo Tribunal.** (Pausa.) Giordano: ¿Sois autor de un libro que se titula: «La cena del Miércoles de ceniza?»
- GIOR. Lo soy.
- P. ROC. ¿Son vuestros, también, los libros que se han editado con los títulos de «La expulsión de la bestia triunfante» y «Locuras heréticas?»
- GIOR. Efectivamente.
- P. ROC. La Iglesia ha profundizado las doctrinas que en esos libros habéis vertido y en ellas ha encontrado ocho puntos de heregía. Os pondré de manifiesto los de mayor esencialidad.
- GIOR. Ya escucho.
- P. ROC. Habéis negado la existencia del Espíritu Santo.
- GIOR. No es cierto. Lo que la Iglesia llama el Espíritu Santo, es para mí, el alma del Mundo que forma la cohesión del Universo.
- P. ROC. Objetadle, padre Donisi.
- GIOR. Callaos padre Donisi, sino no queréis que os reduzca al silencio.
- P. DONI. Lo que decís de que para vos el Espíritu Santo, es el alma del Mundo que forma la cohesión del Universo, es una filosofía que no tiene esencia religiosa alguna y carece por lo tanto de sentido.
- GIOR. Entonces, si no tiene sentido alguno ¿cómo lo habéis calificado de heregía?
- P. DONI. Porqué... Esto es demasiado sencillo. Tiene una explicación facilísima. Todo buen creyente la sabe. No hay más que hojear las Sagradas Escrituras.
- GIOR. Pero la explicación no viene.

- P. Roc. El padre Donisi, tiene razón. Esto se ve más claro que la luz que nos alumbra. Pasemos al segundo punto.
- GIOR. Adelante.
- P. Roc. Habéis negado la inmortalidad del alma poniéndoos en pugna no sólo con la doctrina de la Iglesia, pero también con la filosofía de Aristóteles y Santo Tomás de Aquino.
- GIOR. No niego la inmortalidad del alma como substancia psíquica, niego la inmortalidad de las almas en su modo de ser individual y determinado.
- P. Roc. Refutadle, padre Donisi.
- GIOR. Bueno está el padre Donisi para refutar mis doctrinas.
- P. DONI. Si vuestra filosofía fuese verdadera, no habría Cielo, ni Purgatorio, ni Infierno. Allí van las almas individualmente, no en común esencia.
- GIOR. La esencia espiritual toma, después de la muerte, en la Vida terrena, distintos modos de ser, nuevas formas.
- P. DONI. ¡Herético! ¡Herético!
- TODOS LOS P. ¡Herético! ¡Herético!
- GIOR. Los herejes sois vosotros al interpretar heréticamente mis ideas.
- P. DONI. Pero... Pero.
- GIOR. ¿Lo véis? Ya os he reducido al silencio.
- P. DONI. Objetadle, padre Roca.
- P. Roc. Vuestras argumentaciones sutiles no se filtran en nuestras almas porque se hallan revestidas de la coraza que presta la Fe. La llama de la hoguera se encargará de penetrar en esas sutilezas.
- GIOR. Abdicáis del libre examen porque tenéis miedo a la Verdad.
- P. Roc. Tercer punto. Habéis negado la doctrina católica de la cena y declarado que el Mundo no es el centro del Universo.
- GIOR. ¿Qué os parece a vos, padre Donisi?
- P. DONI. Que es herética la proposición de que haya

- otros mundos. Así lo declaran las Sagradas Escrituras.
- GIOR. Entonces como dijo Jesús: En la mansión de mi padre, hay muchas moradas.
- P. DONI. Esas moradas... Esas moradas... Eso debe tomarse en sentido figurado o paradójico.
- GIOR. Argumentáis así porque no podéis declarar hereje a Jesús.
- P. ROC. Calle el blasfemo.
- GIOR. Equiparadme a Jesús. Interpretad mis doctrinas en sentido figurado.
- P. PAL. Argumentadle sobre la pretendida redondez de la Tierra, padre Donisi.
- P. DONI. La Tierra sólo podría ser esférica o redonda en el caso de que fuese sólida toda ella.
- GIOR. ¿Por qué razón?
- P. DONI. Porque los mares no pueden ser esféricos. Todos los cuerpos líquidos tienden a ocupar la superficie plana.
- GIOR. ¿Es vuestra esa Ley física?
- P. DONI. La debo a la Divina gracia.
- GIOR. Diga el padre Donisi. ¿Una lágrima no es cuerpo líquido?
- P. DONI. Lo es.
- GIOR. Y una gota de rocío no es un mar pequeño?
- P. DONI. Cierto.
- GIOR. ¿Y una lágrima no es esférica? ¿Y no es también redonda una gota de rocío?
- P. DONI. Objetadle, objetadle, padre Roca.
- P. ROC. Cuarto punto de heregia... Habéis predicado la libertad del pensamiento.
- GIOR. ¿No la estáis ejerciendo ahora mismo vosotros con la mala intención de llevarme a la hoguera?
- P. DONI. El pensamiento no es libre. El pensamiento es de Dios, y éste lo encierra en sus mandamientos.
- GIOR. ¿Aun tenéis ánimos para discutir conmigo? No os rehabilitaréis a mis ojos como no expliquéis la razón, por la cual lo que es herético para mí, resulta paradójico para Jesús.

- P. DONI. Ceñíos a la cuestión.
GIOR. Voy a pulverizaros, padre Donisi.
P. DONI. Contestad al interrogatorio.
GIOR. ¿No decís que no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios?
P. DONI. No puede negarse.
GIOR. ¿A quién debo este ardor del alma? ¿Este volar del pensamiento?
P. DONI. A Dios sin duda.
GIOR. ¿Por qué entonces tratáis de detener su vuelo?
P. DONI. Porque se sale de los Divinos Mandamientos.
GIOR. Esa es una doctrina herética.
P. DONI. Probadlo.
GIOR. Siendo innegable que no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios, tampoco el pensamiento del hombre puede moverse sin contar con esa misma voluntad. Ahora bien; vosotros tratáis de ponerle cadenas al pensamiento; luego la libertad de pensar que Dios me concede se halla restringida por vosotros. Usurpáis al hombre los dones fecundos que Dios le concede... Matáis la idea que es el alma de Dios... Quemáis el cuerpo que Dios organiza... Cortáis las alas que Dios concede al espíritu... Vosotros sois los herejes... Vosotros sois los enemigos de Dios.
P. ROC. Esas interpretaciones pertenecen sólo a la Iglesia, poseedora de la verdad absoluta.
GIOR. La verdad infinita es también de Dios, padre Roca. No es el fraile quien debe apoderarse de la idea de Dios, es el filósofo. El fraile discute quemando los cuerpos en las hogueras de la Inquisición. El filósofo convence, desvaneciendo las dudas con la luz del espíritu. A un lado los frailes inquisidores... Paso a los filósofos... Paso a los bienhechores de la Humanidad.
P. ROC. Basta. Basta. ¿Abjurad de esas heregías?
GIOR. No. No retiro ni un solo concepto. Ni una sola palabra.

- P. Roc. Ya os hará abjurar el tormento.
GIOR. Atormentadme si os place. No me oiréis proferir ni una sola queja.
- P. Roc. ¡Vamos a verlo! Sujetadle a la máquina.
(Los dos esbirros hacen bruscamente que tome asiento Giordano en la silla de tortura. Luego atan los brazos de Giordano.)
- ESBIR. Ya está, eminentísimo padre.
P. Roc. Por última vez, Giordano. ¿Abjuráis de vuestras heregías?
GIOR. No son heregías.
P. Roc. Apretad. (Los esbirros hacen funcionar la rueda. Giordano se agita convulsivamente en su silla, mas no profiere ninguna queja.) ¿Abjuráis? ¿Nada decís? ¿Habéis enmudecido?
- ESBIR. Se ha desmayado.
P. Roc. Entonces, aflojad y soltadle. Continuaremos mañana el tormento. Un hombre en semejante estado es insensible. Conviene que sienta las angustias de la carne y el dolor de los huesos desarticulados. (Los esbirros ejecutan lo que les indica el padre Roca. Giordano queda desmayado en la silla con los brazos caídos.)

ESCENA II

Dichos y FAMILIAR del Santo Oficio, con un pliego, por la derecha

- FAMI. Acaba de llegar la señora condesa Fiorina. Viene con sus heraldos, pajes, escuderos y hombres de armas. Esta es la orden que trae de Su Santidad para conferenciar con el prisionero.
- P. Roc. (Tomando el pliego y leyéndolo.) Está bien. Llega en ocasión solemne. Vamos a recibirla con las distinciones que exige la alta representación que trae. Franqueadle el paso por la gran puerta de honor. (Vase el Familiar por la derecha. Los soldados abren la puerta del foro y se

sitúan en las columnas a derecha e izquierda.) Reverendos padres... Adelantáos para recibirla.

ESCENA III

Aparece la CONDESA FIORINA precedida de sus heraldos y pajes. Dos escuderos con hachas encendidas, y en pos FERRARI y ocho hombres de armas. La CONDESA FIORINA viste de terciopelo negro con falda de gran cola y los demás con trajes ricos y vistosos de la época.

P. Roc. Sea bien venida la señora condesa Fiorina al Tribunal del Santo Oficio. Respetada sea la elevada representación de que se halla revestida.

CON. ¿Y el prisionero?

P. Roc. ¡Allí le tenéis!

CON. ¿Aquel cuerpo inanimado?...

P. Roc. Es el de Giordano Bruno.

CON. ¿Le habéis aplicado el tormento? (¡Oh dolor!)

P. Roc. Acaba de ser sometido a esa prueba durísima.

CON. Os recuerdo, padre Roca, que en presencia del Cardenal Mazzoni, me prometisteis que antes le quemaríais vivo que daríais martirio a su cuerpo.

P. Roc. Nos ha inferido gravísimos ultrajes... Ha persistido en sus errores... Siento mucho que por su estado no podáis celebrar la conferencia que...

CON. Muerto o vivo, dejadme a solas con el prisionero. (Vanse todos ordenadamente. El padre Roca y los demás por la derecha. El acompañamiento de corte de la Condesa Fiorina por el foro.)

ESCENA IV

CONDESA FIORINA, GIORDANO

- GIOR. ¡Qué dolor tan horrible!
- CON. ¡Giordano! ¡Giordano!
- GIOR. ¿Sois vos, Fiorina? ¿Sois vos?
- CON. ¡Os han martirizado!
- GIOR. ¡No lloréis... ¡El mal ya está hecho!
- CON. ¡Pobre amor de mi vida!
- GIOR. ¡No me toquéis!.. Por Dios... No me toquéis! Me han descoyuntado los brazos.
- CON. Dejad que enjугue el sudor de vuestra frente.
- GIOR. Parecía que me arrancaban los huesos.
- CON. ¡Verdugos! ¡Miserables!
- GIOR. Compadecedles como yo les compadezco.
- CON. Noble sois y generoso. Miradme a vuestros pies, de rodillas.
- GIOR. Levantáos... Yo no soy Dios.
- CON. Ya creo en vuestras doctrinas.
- GIOR. ¿Cómo?
- CON. Sí, Giordano. Mi alma sacude su pesado sueño... Vuestro martirio se convierte en luz para mí. Vuestro Dios es el grande, el verdadero, el sublime...
- GIOR. ¡Oh, dicha! ¡Oh, inefable ventura! ¿Decís que he conquistado vuestro espíritu?
- CON. Sí.
- GIOR. ¿Qué importan los dolores del cuerpo? ¿Ya no me creéis un hereje... un réprobo, un maldito?
- CON. No. Creo en vuestro Dios.
- GIOR. ¿El Dios del Universo?
- CON. El Dios que le dice al pájaro vuela porque debes volar. Y le dice al astro luce, porque debes lucir... Y le dice al hombre, piensa, porque debes pensar... En ese Dios creo... Tuya soy, Giordano. Primero lo fui por

simpatía del corazón. Ahora lo soy por convicción del espíritu... Leeré tus libros. Seguiré tu doctrina.

GIOR.

La dicha también desfallece. ¡Ay de mí!

CON.

(Levantándose y llegando hasta el foro.) Ferrari...

Que vengan mis escuderos. Adiós Giordano... Recibe este beso que mi alma deposita en tu frente... Acaso sea el de la eterna despedida.

ESCENA V

Dicha y FERRARI con dos escuderos.

FERR.

Aquí están, señora.

CON.

Ferrari... Conducidle a la sala de alivio para que sea curado. Diréisle al padre Roca que venga, porque he de hacerle importantes revelaciones.

GIOR.

(Volviendo de su desfallecimiento.) ¡Fiorina! ¡Fiorina!

CON.

Aquí estoy. ¿Podéis ponerlos de pie?

GIOR.

Sí.

CON.

Llévadle con cuidado... Van a daros alivio.

GIOR.

¡Adiós! Acaso el último...

CON.

¡Hasta más allá de la muerte, Giordano!

(Vanse por la derecha Giordano, Ferrari y los dos escuderos.)

ESCENA VI

CONDESA FIORINA

CON.

¡Qué oprimido tengo el corazón! .. ¡Tempestad de lágrimas, detente!... ¡Qué no se descargue la nube del dolor!... ¡Qué estalle el rayo!... ¡Confiscados mis bienes!...

¡Encarcelada! ¡Martirizada! ¡Quemada viva!... No me arredro ante ningún peligro. ¡Giordano era el amor de mi vida!... ¡Ahora ya es mi Dios!... Pero yo no soy tan misericordiosa. No puedo perdonar a quienes tan cruelmente le han martirizado.

ESCENA VII

Dichos y el padre ROCA, seguidos de FERRARI y los dos escuderos

- CON. (A los dos escuderos.) Quedáos en esa puerta. Guardadla. (Ferrari se sitúa en el foro.)
- P. Roc. ¿Qué queréis decirme?
- CON. Habéis faltado a vuestra palabra, padre Roca. ¡Habéis atormentado a mi pobre Adriana!... Ahora estremeceos... Yo soy de Giordano Bruno.
- P. Roc. ¿Vos?...
- CON. Es mi amor y es mi Maestro.
- P. Roc. No puede ser. Ese hombre es un relapso. Un hereje. Y vos sois amantísima sierva de Jesús.
- CON. Sin duda no sabéis el dolor que producen vuestros tormentos... y vais a saberlo.
- P. Roc. ¿Qué intentáis?
- CON. Sencillamente; atormentaros a vos.
- P. Roc. ¡Horrible sacrilegio!
- CON. Ferrari... Vos sois un atleta. Sujetadle a la silla.
- P. Roc. ¡Socorro! ¡Padre Palermo! ¡Padre Donisi!
- CON. ¡Socorro!
- CON. Es inútil que gritéis.
- FERR. (Después de ejecutar lo que la Condesa le ha indicado.) Ya está.
- CON. Dad vuelta a la rueda.
- P. Roc. ¡Qué dolor! ¡Qué dolor! ¡Piedad! ¡Esto es insufrible! ¡Espantoso!
- CON. Bueno es que lo sepáis, padre Roca, bueno es que lo sepáis.

- P. Roc. ¡Qué angustia!
P. PAL. (Dentro.) ¡Padre Roca! ¡Padre Roca!
FERR. (A los escuderos.) Al primero que intente pasar por esa puerta, atravesadle.
P. Roc. ¡Soltadme! ¡Soltadme, por caridad!
FERR. ¿Doy otra vuelta, señora Condesa?
(Dentro, en el foro, grandes rumores.)
CON. Dejadle. Aunque no para justicia, para escarmiento ya basta. El tumulto crece. Aquí vienen los nuestros.

ESCENA VIII

Dichos y los OCHO HOMBRES DE ARMAS, por el foro

- HOM. DE A. Los familiares nos acometen. ¿Qué hacemos?
CON. Ferrari... ¡Franqueadme el paso! (Salen los soldados y los frailes inquisidores por el foro.)
FERR. ¡Cargad sobre ellos! (Se entabla la lucha.)
CON. ¡Adelante!... ¡Paso a la condesa Fiorina!...
¡Paso!... (Ferrari con los suyos hace retroceder a los otros. Fiorina vase en pos por el foro.)

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

CUADRO XIII

Interior de una capilla. Al foro un altar con un crucifijo de gran tamaño alumbrado con dos cirios. Salida a la derecha.

ESCENA PRIMERA

Aparece GIORDANO vestido con el traje de fraile que usara en el primer acto. Se halla sentado a la izquierda, primer término. Dentro, el son de las campanas, doblando a muerto.

GIOR. Cerca está el momento trágico. Las campanas doblan a muerto para darme aviso de que se aproxima mi última hora... ¡Pobres teólogos! Buscan la divinidad por encima de la Naturaleza y no saben que se halla dentro de la Naturaleza. Quieren apagar la luz de mi espíritu y esa luz nunca se apaga... Se eclipsa aquí y renace allá, cada vez más intensa, ¡cada vez más pural... Quieren destruir el cuerpo del que juzgan réprobo y hereje, y tampoco consiguen su objeto, por la ley de conservación de la Materia. Del grano de semilla se forma el tallo, del tallo la espiga, de la espiga el pan, del pan el quilo, del quilo la sangre, de la sangre el esperma, del esperma

el feto, del feto sale un hombre, del hombre un cadáver, del cadáver tierra... Y así vuelve a empezar el giro de la vida.

ESCENA II

Dicho y padre PALERMO por la derecha

P. PAL. ¿Os habéis preparado?

GIOR. Llévenme al suplicio cuando quieran.

P. PAL. Quiero decir si os habéis puesto bien con Dios.

GIOR. Mal con Dios, jamás lo estuve, padre Palermo.

P. PAL. Necesitáis redimiros abjurando de vuestros errores, al borde de la sepultura... Pensad en las penas del infierno.

GIOR. ¿Podrías prestarme un gran servicio?

P. PAL. ¿Cuál?

GIOR. En primer lugar, no hablarme del infierno y en segundo, decirme cuál fué el destino de la Condesa Fiorina, después de aquella terrible lucha que se entabló en el palacio del Santo Oficio. Eso os pido por favor... Puesto que voy a morir, nada perdéis con sacarme de esta cruel incertidumbre.

P. PAL. Voy a complaceros. La Condesa fuese al Vaticano con todo su acompañamiento de heraldos, pajes y hombres de armas y allí se rindió a los pies del Sumo Pontífice. Fué encarcelada, pero logró evadirse contando con poderosos amigos. Sus bienes fueron confiscados pero sus grandes tesoros no pudieron ser habidos... Los puso a buen recaudo sin duda.

GIOR. ¿Y dónde se halla? ¿Cuál es su paradero?

P. PAL. Se ignora. Alguien creyó reconocerla desfigurada vistiendo el traje de mujer del pueblo. Eso es todo lo que puedo deciros. Ya estáis satisfecho.

- GIOR. Gracias, padre Palermo.
- P. PAL. Y ahora, hijo mío, ¿por qué no sois bondadoso para mí? Confesáos.
- GIOR. Sabéis que me acometen tentaciones de catequizaros?
- P. PAL. ¿Qué decís?
- GIOR. Ese rasgo de piedad que habéis tenido satisfaciendo mi ansia, dándome noticias de la Condesa Fiorina, me revela que no sois malo del todo, aunque sois fraile... Y que me sería fácil convertirlos a mi filosofía.
- P. PAL. ¡Jesús María y José!
- GIOR. Para ser buen fraile, no se puede tener piedad, padre Palermo. Os habéis salido de la regla. No pude conseguir otro tanto de ninguno de los otros padres a quienes hice la misma súplica. De suerte que ya estáis andando por el camino de la herejía.
- P. PAL. ¿Vos creéis?...
- GIOR. Que tenéis algo de materia ajusticiable o, lo que es lo mismo, de combustible para dar alimento a las hogueras del Santo Oficio.
- P. PAL. Estáis en un error. Mi pecho es mármol frío contra las asechanzas de la herejía.
- GIOR. ¿Queréis que hagamos una prueba?
- P. PAL. Estamos trocando los papeles. Yo soy en nombre del Santo Oficio quien viene a conquistar vuestra alma para que ingrese en el reino de Jesús.
- GIOR. Nunca me salí de ese reino, creo en las sublimes máximas de Jesús, pero como vosotros no las practicáis, naturalmente no creo en vosotros.
- P. PAL. Sofismas, hijo mío, sofismas.
- GIOR. Contempladme vestido como vos. Estos son mis antiguos hábitos eclesiásticos. Aun no me han degradado. Aun soy el padre Gior-dano. ¡Qué buena ocasión os ofrece la suerte! Arrodillaos a mis pies padre Palermo. Arrodillaos y recibiré vuestra confesión.

P. PAL. Confesarme con un hereje, con un réprobo. ¿Estáis en vuestro juicio?

GIOR. No os indignéis. Conozco esas formas externas. En el fondo os dan tentaciones de confesaros.

P. PAL. ¿Pero es posible que a la hora de la muerte tengáis valor para conservar semejante sangre fría?

GIOR. Esta es la serenidad de la conciencia cuando se halla poseída de la Verdad. Vos os estremecéis oyendo mis palabras porque estáis rodeado de sombras. Pero en fin, ello es que de esas tinieblas ha salido un destello de piedad. Acabaráis por confesaros.

P. PAL. ¿No es el demonio quién os da esa tranquilidad de espíritu?

GIOR. Desechad ese mal pensamiento. El demonio solo puede inspirar malas ideas. Contempladme y decid si yo soy capaz de hacer mal a nadie. Ama a tu prójimo como a ti mismo, dijo Jesús. ¿Y de que modo me amáis vosotros? Entregándome a un suplicio espantoso. ¿Quemándome vivo? ¿Y todo por qué? Porque si el Mundo es o no el centro del Universo. Porque si el alma es o no inmortal o si la Tierra deja o no deja de ser plana. Poneos la mano sobre el corazón, padre Palermo; pensad un poco en Jesús y decidme luego si encontráis bastante motivo para llevarme a la hoguera.

P. PAL. ¡Me aparto! Me aparto de vos. (Se arrodilla a los pies del crucifijo.)

GIOR. No huye de mi. Huye del espectro que lleva en la conciencia. ¿Qué hará ese hombre, ese sacerdote a los pies del símbolo de Jesús crucificado? ¿Por quien oráis, padre Palermo?

P. PAL. Por vos.

GIOR. ¿Qué le pedis a Jesús?

P. PAL. Que os tenga en su gracia.

GIOR. Levantaos. Sois uno de mis verdugos. ¿No

teméis que esa imagen desclave una mano y os ensangriente el rostro con ella?

P. PAL.
GIOR.

(Levantándose,) ¡Horror! ¿Qué estáis diciendo? La verdad, padre Palermo. Ahora mi voz será augusta y solemne como la del Dios de vuestro Sinaí.—Como la del propio Jesús que resucitara en las cumbres del Gólgota, execrando vuestra conducta. Vais a darme muerte por la libertad que Dios me ha concedido para pensar y os arrodilláis al pie de otro mártir del pensamiento. ¡Sacerdotes impíos! ¡Apartaos de la divina imagen! Respetad siquiera el dolor que ocasionáis. La conciencia humana es una Virgen y vosotros profanáis esa Virgen. Es libertad y atentáis contra esa libertad... ¡Huid! ¡Huid, liberticidas, de la presencia de Jesús! El os repudia desde el Cielo. Yo os repudio desde la Tierra. Caiga sobre vosotros la indignación de los hombres honrados. La severa crítica de la Historia... Pero, no; no. Debe templarse mi cólera. No le pidáis a Jesús misericordia para mí. Pedídsela para vosotros. Llevadme al sacrificio. Hacedme apurar el cáliz de la amargura. ¡Yo os perdono en nombre de Dios! (Toma asiento de nuevo.)

P. PAL.

(Aparte aterrado.) ¿Será ese hombre inocente?... ¿Será otro mártir como Jesús? ¿Cuál es su culpa? Sacar a Dios del Sinaí para llevarle a las cimas del Universo... Dice bien, que no hay motivo para quemarle vivo... Siento que resbala mi fe. ¿Dónde apoyarme entonces para sostener mi conciencia por haberle perseguido tan encarnizadamente? Me acomete un terror profundo. No me atrevo a mirar al crucifijo. Temo que desclave su mano ensangrentada para acusarme... (Se aproxima a Giordano sin que éste lo advierta y se arrodilla a sus pies.) ¡Confesión, padre Giordano, confesión!

GIOR.

(Levantándose transfigurado de sublime emoción.)

¡Ah! ¡El verdugo a los pies de la víctima!
¡Este es el poder incontrastable de la Verdad!
¡No importa que yo perezca! ¡Se pondrá a salvo la Razón humana!

P. PAL. ¡Yo os denuncié al Santo Oficio! ¡Por mí pereció en el tormento el padre Bonifacio!...
¡Absolvedme, padre, absolvedme!

GIOR. Absuelto quedáis; mas levantáos que ya vienen por mí. ¡Llegó mi última hora! (El padre Palermo se levanta y se retira a un ángulo.)

ESCENA III

Sale por la derecha un piquete de soldados. A estos siguen dos esbirros que se sitúan junto a Giordano. Luego vienen multitud de frailes inquisidores con cirios encendidos y, por último, el padre ROCA y los padres DONISI y ANSELMI.

P. ROC. Giordano. La Iglesia os consagró sacerdote, y antes de que el fuego os reduzca a cenizas tiene que degradaros con arreglo a la sentencia que contra vos ha dictado el Tribunal del Santo Oficio.

GIOR. Esa sentencia os produce a vosotros más miedo que a mí. Empezad cuando gustéis.

P. DONI. (Sacándole a Giordano el escapulario que lleva.) Por indigno te quitamos esta veneranda reliquia. (Luego le quita el crucifijo que pende de su cintura.) Por indigno te quitamos el santo crucifijo. Por indigno te despojamos de toda enseña sagrada. (Quitándole todo ornamento.)

P. ROC. Ponedle el San Benito. (El padre Donisi ejecuta la orden.) Atadle. (Los esbirros ejecutan la orden.)

GIOR. Me habéis degradado y yo me siento más puro. Me habéis atado y sin embargo mi pensamiento se halla más libre. Vamos al suplicio. Me veréis morir estoicamente. (Vanse por la derecha. Antes que desaparezcan todos de escena cae el telón.)

(MUTACIÓN)

CUADRO XIV

Telón corto de calle.

ESCENA PRIMERA

Salen por la derecha CONDESA FIORINA y ADRIANA en trajes humildes de mujeres del pueblo

CON. Tranquilízate... Estamos desfiguradas con estos vestidos. Además nadie repara en nosotras. Todos tienen puesta la atención en el hereje... en Giordano. ¿Vendrá Ferrari?

ADRI. Aquí dijo que vendría. No debe tardar.

CON. ¿Oíste lo que decían aquellas damas que pasaron junto a mí?

ADRI. ¡Ay, sí! ¿Para qué recordarlo?

CON. Hoy es día de júbilo en Roma. El castigo del hereje llena de regocijo todos los corazones y cubre de felicidad todos los semblantes. Yo tuve que ahogar el grito de indignación que quiso escaparse de mi alma.

ADRI. Pero bien, señora. Me tenéis atribulada... Habéis dicho que vamos a separarnos para siempre...

CON. Sí, Adriana. Para siempre.

ADRI. Dejad, por Dios, que os acompañe... Si pasáis fatigas, pasaré fatigas... Y si es para morir, dejadme morir con vos.

CON. Tú puedes ser dichosa con Ferrari.

ADRI. No. No quiero serlo. Quiero acompañaros.

CON. No insistas. Tu pretensión es generosa, pero cada cual tiene que seguir su destino. El mío se ha tronchado como rama de árbol sacudida por viento de tempestad.

ADRI. Yo podría servirlos de consuelo.

- CON. La paz será conmigo...
- ADRI. ¡Señora! ¡Señora! ¡Me estáis partiendo el corazón!
- CON. ¡Pobre Adriana!... Tú también has sufrido tu Calvario... Enjuga tus lágrimas... Cumplirás como lo que eres, como buena, consagrándome algún recuerdo en brazos de la dicha que te aguarda. La flor del sacrificio no ha nacido para ti. ¡Ni aun para mí siquiera! Ha nacido en un desierto lleno de espinas... Y es para Giordano... Para ese martir de la Idea.
- ADRI. ¿Pensáis huir de Italia?
- CON. ¿Huir de Italia? ¿Para qué? ¿Que hace el pájaro con cambiar de nido, si lleva con él la herida que le sangra? No. Italia me vió nacer... Ella fué testigo de mis grandezas. Este cielo intensamente azul, fué el pabellón que cubrió mis prestigios y honores... ¡Que sea Italia también!... Me callo, pobre Adriana.
- ADRI. Aquí llega Ferrari.

ESCENA II

Dichas y FERRARI, vestido de aldeano

- FERR. Dispensad, señora, si he tardado. Me detuvo una masa de gente desbordada.
- CON. Fíjate bien en mis palabras, Ferrari.
- FERR. Las llevaré grabadas en el alma, señora.
- CON. Adriana sabe dónde se hallan ocultas mis riquezas. Las puse a salvo de la sórdida avaricia de los curiales de Roma. Ese tesoro es para vos y Adriana. Favoreced también a los pobres soldados que por mí se hallan sin amparo.
- FERR. ¿Pero, y vos, señora, y vos?
- CON. No me interrumpáis. Callad y obedeced. Os iréis de Italia y buscaréis en Alemania,

Inglaterra y Francia los libros que se han editado de Giordano Bruno. Ya tiene Adriana la nota. «La cena del Miércoles de ceniza.» «La expulsión de la bestia triunfante.» «Locuras heréticas» y otras varias... Procurad reimprimir esos libros con objeto de que las doctrinas que contienen puedan ser difundidas por todo el mundo.

FERR.

Serán cumplidos vuestros deseos.

CON.

Y ahora dejadme...

ADRI.

¿Nos despedís?...

CON.

Sí; quiero quedar sola para confundirme luego con las mujeres del pueblo... Por aquella calle (Señalando a la izquierda.) pasará luego Giordano camino del suplicio...

ADRI.

¿Tendréis valor para verle?

CON.

¡Verle por última vez! ¡Aun me queda esa esperanza!

FERR.

Suspiro por aquellos tiempos en que me mandabáis cargar al frente de mis soldados... Mandara yo una legión y veríais pronto correr a todos esos inquisidores y frailes huyendo de los tajos de mi espada.

CON.

¡Pasaron aquellos tiempos! ¡Adiós, Adriana!... ¡Adiós Ferrari!...

FERR.

¡Señora!... ¡Señora!...

CON.

¿Lágrimas en un hombre como vos? Idos. Idos. No amengües el valor que necesito para empresa más alta.

ADRIANA

¡Adiós, señora de mi alma!

CON.

Sed felices. Adiós para siempre. (Vanse Adriana y Ferrari por la derecha.)

ESCENA III

CONDESA FIORINA

CON.

¡Para ellos la Vida! ¡Para ellos la felicidad! Nada ya me resta... Todo lo he perdido... ¡Mi torre de oro se ha derrumbado! ¡Cayó mi dicha revuelta entre harapos de hono-

res y riquezas!... (Dentro, grandes rumores de muchedumbre y voces de ¡hereje! ¡hereje! ¡Quemadle vivo! ¡A la hoguera! ¡A la hoguera!) ¡Por allí le traen! ¡Oh, Dios! ¡Por allí viene!... ¡Tengo que oprimirme el pecho para que no estalle el corazón! ¡El es! ¡Giordano! Sereno, sin arrogancia... ¡Majestuoso, sin altivez... ¡Estoico! ¡Sublime! Por allí viene rodeado de rencores, salpicado de burlas, maltratado, como Jesús, por la impía muchedumbre. ¡Hermoso amor de mi vida! ¡Luz de mi alma! ¡En qué estado te vuelven a ver mis ojos! Me siento atraída por tí, Giordano... ¡Mariposa soy que gira en torno de la llama que ha de convertir en cenizas la rosa de mis ensueños! ¡Luz divina, hacia ti me dirijo! No importa que me abrases con tu resplandor. (Vase por la izquierda.)

MUTACIÓN

CUADRO XV

Decoración de bosque que representa ser el campo de Flora. A la derecha un tablado a poca altura del suelo sobre el cual se levanta un madero en torno del cual aparece la leña hacinada.

ESCENA I

En el foro un cordón de soldados detiene a la muchedumbre ávidamente curiosa. A la izquierda, el padre ROCA y los padres PALERMO, ANSELMÍ y DONISÍ con muchos otros inquisidores, dignatarios. Algo apartado, GIORDANO, con los dos esbirros. Después CONDESA FIORINA

P. Roc. Giordano. Te separo de la Iglesia militante y de la Iglesia triunfante... Te entrego al brazo secular de la Justicia. ¡Llevalle al madero! (Los esbirros conducen a Giordano al ca-

dalso y le atan al madero que se alza en medio del tablado.) **Encended la hoguera.** (Otros dos esbirros que llevan dos hachas encendidas pegan fuego a la leña que rodea al madero. Cuando empiezan a levantarse las llamas aparece la CONDESA FIORINA por la izquierda. Se acerca al padre Roca y cogiéndole bruscamente de un brazo le dice:

CON. ¡Padre Roca! ¡Lobo del hombre!
P. ROC. (Asombrado.) ¡La Condesa Fiorina!
CON. ¡Muere! (Le clava en el pecho un puñal.) ¡Justicia! ¡Giordano! ¡Justicia! (El padre Roca cae al suelo. Los demás se quedan atónitos, sorprendidos por la inesperada y súbita acción de la Condesa Fiorina.)

CAE EL TELÓN

APOTEOSIS FINAL

Al terminar el acto anterior no debe levantarse el telón hasta que se haga desaparecer rápidamente el cadalso y la hoguera, y en su lugar aparezca sobre un telón recortado el grandioso monumento que en Roma se ha levantado a la memoria de Giordano Bruno en el mismo lugar donde fué quemado vivo. Los actores que han representado la obra, sitúanse a ambos lados del monumento. La orquesta toca la Marsellesa.

FIN DEL DRAMA

TÍTULOS DE LOS CUADROS

- I La Fe perdida.
- II La Condesa penitente.
- III La confesión.
- IV Rescoldos entre cenizas.
- V Los bandidos romanos.
- VI Amor que salva el hereje.
- VII Jugando a las damas.
- VIII Tormento inquisitorial.
- IX El arresto de Giordano.
- X Coraje de mujer.
- XI La Física de los antiguos frailes.
- XII Histórica sesión del Santo Oficio.
- XIII En la capilla.
- XIV Desolación del alma.
- XV Suplicio de Giordano en la hoguera.



BIBLIOTECA
TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21. - BARCELONA

Obras publicadas:

La Princesa del Dollar

La Ola gigante

El señor Conde de Luxemburgo

Captura de Raffles o el triunfo de
Sherlok Holmes

El Sol de la Humanidad

Zazá

Mujeres vienesas

Hamlet

Giordano Bruno

Seguirá la obra:

EL NIDO AJENO

Comedia en tres actos y en prosa
original del insigne y celebrado

JACINTO BENAVENTE





Precio: D O S pesetas